

NARRACIONES





00057192

81

APROBACIÓN ECLESIASTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIOCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTIN MAS FOLCH

Barcelona, 15 de junio de 1917.

IMPRIMASE
EL VICARIO GENERAL,
JUSTINO GUITART

POR MANDADO DE SU SRÍA.,
LIC. SALVADOR CARRERAS, PBRO.
Scrio. Canc.

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

NARRACIONES

POR

S. H. HAMER



RAMÓN SOPENA, Editor.
Provenza, 93 a 97.—BARELONA

Derechos reservados.

NARRACIONES



...Se desplomó el caballo cual masa inerte, y Cristóbal cayó sobre la nieve...

RODEADO DE LOBOS

¡ Paf ! Se desplomó el caballo cual masa inerte, y Cristóbal cayó sobre la nieve ; rebotó como pelota de goma y se puso de pie, afortunadamente sin haber sufrido lesión alguna. Luego procedió á averiguar la importancia del daño sufrido por el pobre bruto.

Era Cristóbal un muchacho de diez y seis años, avezado á todos los ejercicios físicos que se practican al aire libre ; montaba á caballo, tiraba y patinaba mejor que la mayor parte de los muchachos ingleses, y tomamos por término de comparación á los ingleses por ser ellos los que mayor predilección muestran á esa clase de ejercicio. No obstante sus pocos años, Cristóbal principiaba á prestar á su padre utilísimos servicios en las faenas de su casa de campo. Eranle familiares todos los pájaros y animales que poblaban aquellos contornos, y más de una vez había recorrido durante días enteros campos y montes, sin más

compañía que la de su caballo Dragón, tan conocedor como el mismo Cristóbal de las trochas, caminos y senderos del bosque.

Se estaba en lo más crudo del invierno, en la estación melancólica en que los amarillentos y mortecinos rayos del sol apenas calientan, en que la tierra aparece cubierta de espesa capa de nieve, en que las aguas de los ríos se cuajan, en que la naturaleza entera parece estar sumida en un sopor profundo. Cristóbal regresaba á su casa cuando sufrió el accidente que hemos descrito. Dragón, firme y seguro de remos ordinariamente, acababa de meter una mano en un hoyo cubierto de nieve, causando así el percance que había obligado á Cristóbal á medir el suelo con su cuerpo.

Fuerza fué que el muchacho renunciase á seguir su viaje, pues el noble Dragón tenía en la mano una seria dislocación que no le permitía caminar, como no fuese á paso muy lento, y aun así, con no poca dificultad.

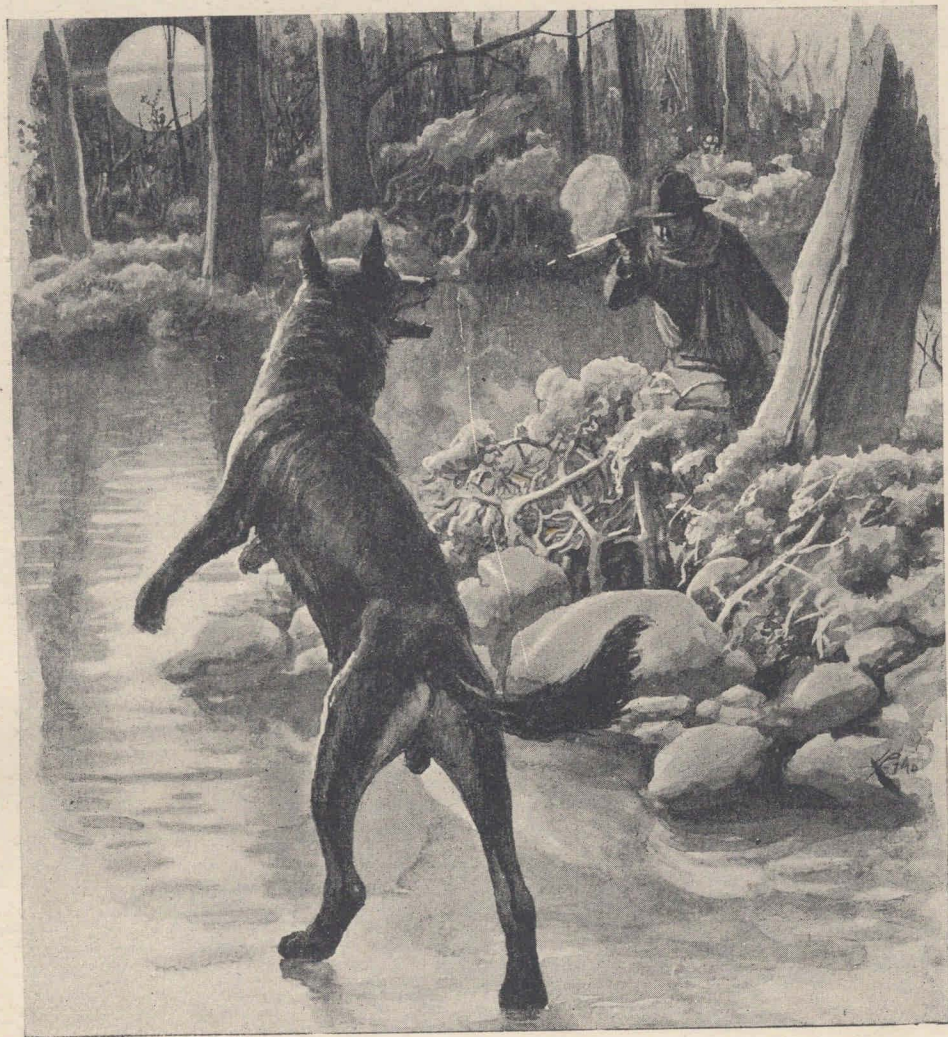
¿Qué hacer? La casa distaba una porción de millas de aquel sitio, y la noche se venía encima á pasos agigantados. Que no podían permanecer toda la noche al raso era evidente; y, por lo tanto, había que buscar algún abrigo donde guarecerse. Cristóbal echó á andar; llevaba de las riendas á Dragón, é iba pensando en la situación en que el accidente acababa de colocarlo y procurando encontrar algún medio de salir del atolladero.

El sol había enviado ya á la tierra sus postreros rayos, los tules que envolvían á ésta se hacían cada vez más opacos, y era muy seria la dificultad de hallar un sendero entre aquellos árboles seculares que, semejantes á amenazadores fantasmas, extendían sus desnudas ramas como intentando prender al osado que se aventurara por sus dominios.

De pronto Cristóbal creyó divisar un bulto que, acelerando el paso, se perdía entre las sombras de los árboles más próximos. Gritó, y el bulto detuvo su marcha, contestó al llamamiento, y Cristóbal tuvo la satisfacción de encontrarse con un amigo y vecino, si es que vecino puede llamarse al que vive á dos ó tres millas de distancia, que regresaba á su casa después de haber pasado el día cazando.

Explicó Cristóbal el accidente ocurrido á su caballo, y con su amigo se encaminó á la choza de éste, la cual le proporcionaría albergue por aquella noche.

Habían cenado ya, y eran las nueve de la noche, cuando Cristóbal, seguro de que su caballo no quedaría desatendido si lo confiaba á su amigo y vecino, anunció su intención de seguir el viaje hacia su casa.



...Cristóbal apuntó cuidadosamente y disparó su arma. (Pág. 5.)

—¿Por dónde piensas ir?—preguntó el cazador, que se llamaba Alberto.

—Por el bosque... ¿acaso hay otro camino?—contestó el muchacho.

—¿Por qué no vas por el río?—insinuó Alberto.—El espesor del hielo es considerable, y con unos patines que te proporcionaré llegarás á tu casa en menos de la mitad del tiempo. Además, el bosque tiene sus inconvenientes... de sobra sabes que está plagado de lobos.

Cristóbal consideró atinado el consejo y aceptó el ofrecimien-

to muy complacido. Momentos después se colocaba los patines, decía adiós á su amigo, y resbalaba veloz, río abajo, sobre la tersa y negruzca capa de hielo.

La luna asomaba su disco por encima de las negras copas de los pinos, que flanqueaban el cauce del río, y la noche se presentaba clara, despejada, sin una nube. Cristóbal, más y más animado á medida que avanzaba en su camino, principiaba á saborear el placer de ese ejercicio, que era tan de su gusto. Sabía que Dragón quedaba en buenas manos y sentía una satisfacción especial al pensar que muy pronto estaría en su casa y pondría fin á la ansiedad que en el corazón de sus padres debía haber despertado su tardanza. A la mañana siguiente devolvería los patines á su amigo Alberto y trasladaría á Dragón á su casa. Volaba su imaginación por senderos tapizados de rosas, el chirriar de sus patines sobre el hielo sonaba en sus oídos cual melodiosa música, y tan embebido estaba en sus pensamientos que tardó mucho en advertir que detrás de él venía á todo correr un animal muy parecido á un enorme perro negro.

Algún ruido debió hacer ese animal, pues el muchacho volvió de pronto la cabeza. No bien cayeron sobre él sus miradas, Cristóbal sintió correr por su espalda un intenso calofrío, pues no le cupo la menor duda de que ese animal no era un perro sino un lobo. Se vé que las prevenciones del amigo Alberto no habían estado fuera de lugar, pues los lobos rondaban por aquellos parajes.

Volaba Cristóbal sobre el hielo, pues huelga decir que puso á contribución toda su pericia, que era mucha, y toda su agilidad, que no era poca, para alejarse rápidamente; pero el animal mantuvo la distancia sin dificultad, y quizá la acortó, demostrando de una manera evidente que se echaria sobre su presa en el momento que se le antojase. Parecía que no se hubiera decidido á llevar el ataque, y que su propósito fuera sólo no perder de vista al viajero, plan que sorprendió no poco á Cristóbal.

No se hizo esperar, empero, la explicación de lo que al muchacho había parecido un misterio inexplicable. Partió del interior del bosque un aullido prolongado que contestó inmediatamente el perseguidor de Cristóbal, y éste comprendió entonces que el lobo esperaba la ayuda de sus compañeros para aventurarse á atacar á su presa.

Cristóbal, que era valiente, reconoció que no tenía más remedio que hacer algo, en el sentido de tomar una determina-

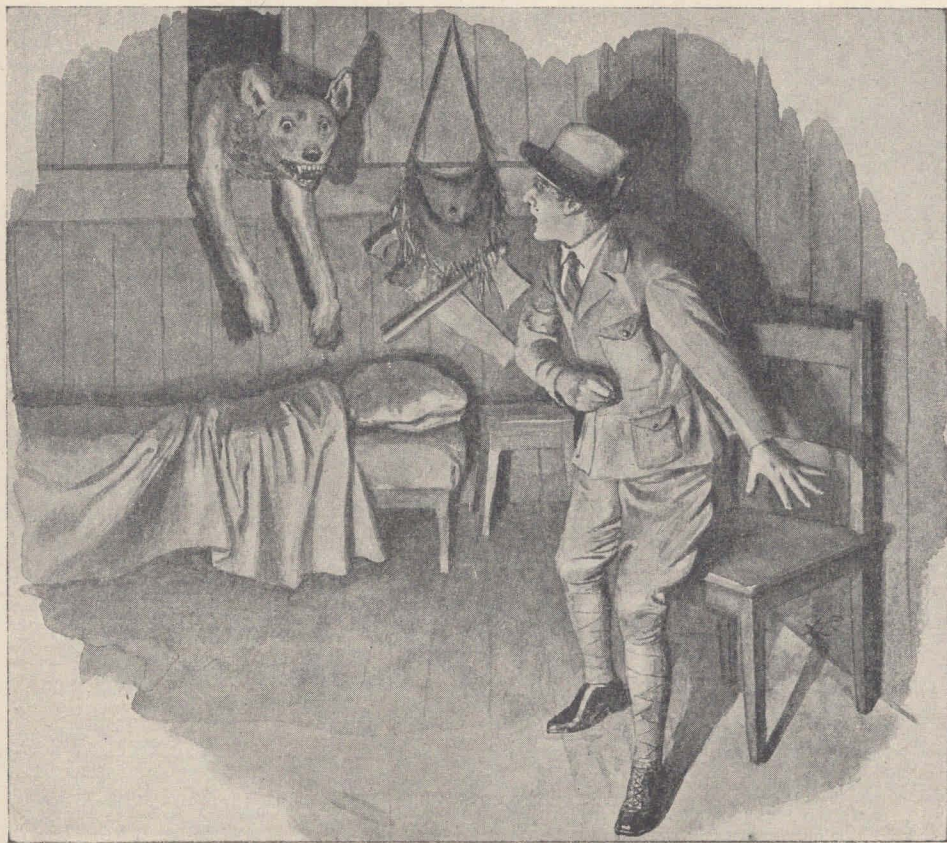


Sus compañeros se precipitaron entonces sobre el herido... (Pág. 6.)

ción enérgica. Disponiendo como disponía, de un revólver, optó por deshacerse desde luego de su enemigo, antes que llegasen en auxilio de él sus compañeros. Empuñó su arma, la examinó para cerciorarse de que todas las cámaras tenían su correspondiente cartucho, y esperó para usarla, que se presentase una oportunidad favorable. Poco rato duró su espera. Unos cuantos metros más adelante el río formaba un recodo, que el joven ganó acelerando la velocidad de la marcha, y al abrigo de ese reparo, se puso en acecho. Llegó el lobo dando poderosos saltos, y en el momento en que iba á entrar en el recodo, Cristóbal apuntó cuidadosamente y disparó su arma. Detuvo el animal bruscamente la carrera... pero sólo para proseguirla momentos después con furia redoblada. Seguramente, Cristóbal había errado el tiro, y entonces resolvió reanudar su fuga.

Su situación se hizo entonces realmente peligrosa. Los aullidos de los lobos, que en tropel venían hacia él, sonaban cada vez más cerca, y no pasó mucho rato sin que se destacara de la espesura el primero de sus enemigos de refuerzo, al cual siguió

inmediatamente el segundo, el tercero, el cuarto y un verdadero ejército, capaz de poner los pelos de punta al hombre de ánimo más sereno. El primer lobo que le había salido al paso, el que había dado la voz de alarma, corría á la cabeza de los perseguidores, cual si fuera el caudillo de sus compañeros, pero una de las veces que Cristóbal volvió la vista atrás, sin dejar de deslizarse vertiginosamente sobre el hielo, pudo observar que cojeaba ligeramente, que vacilaba, que perdía fuerzas, has-



...que obligó á Cristóbal á aguzar los oídos para escuchar. (Pág. 7.)

ta que tuvo que detenerse. Sus compañeros se precipitaron entonces sobre el herido, y en un abrir y cerrar de ojos lo destrozaron entre sus afilados dientes. ¡Menos mal! ¡Su puntería no había sido del todo desafortunada!

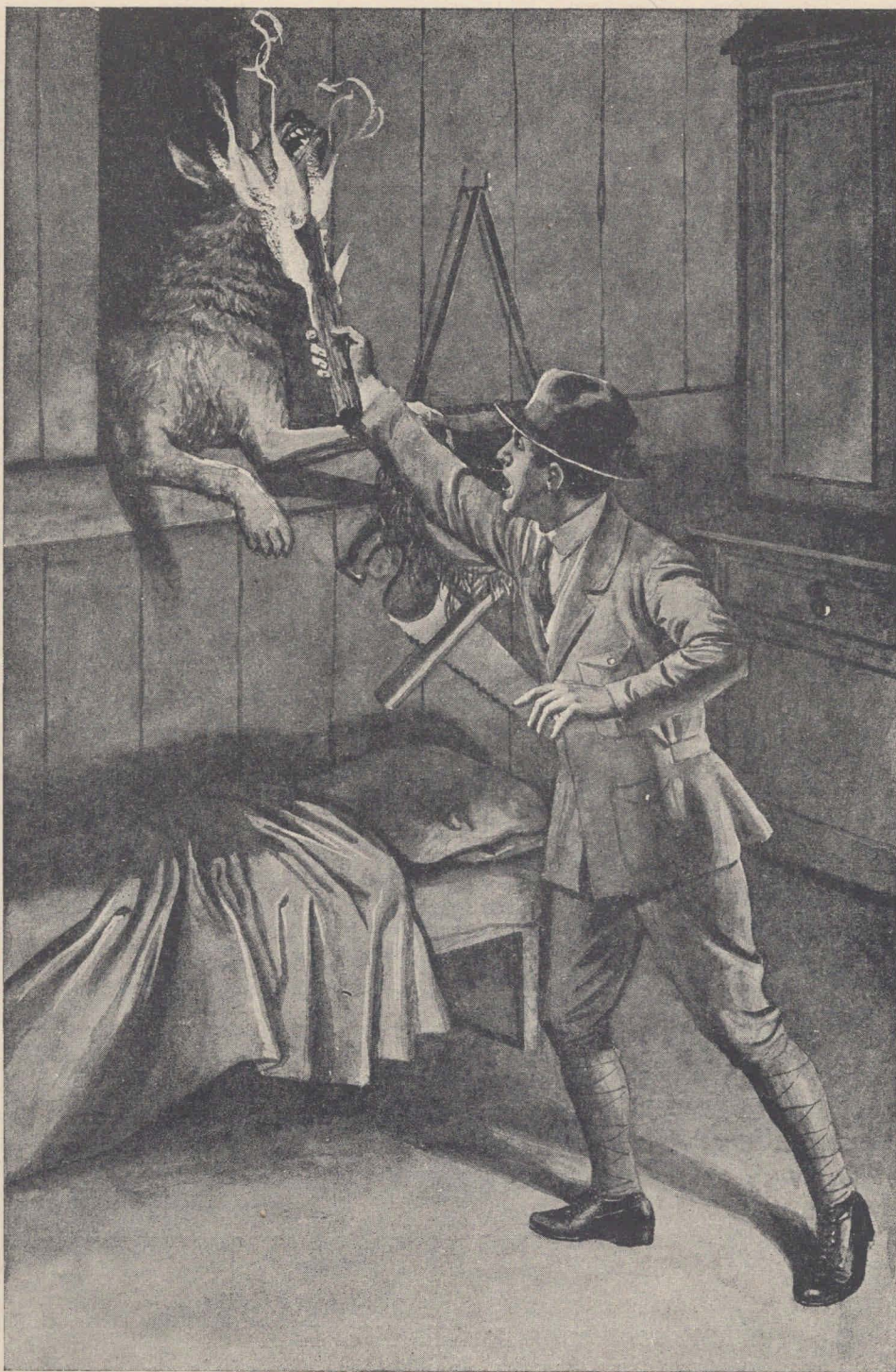
El festín, aunque escaso para tantos comensales, entretuvo algún tiempo á los enemigos de Cristóbal, y huelga decir que éste aprovechó bien la oportunidad. Cruzaba el hielo como si sus patines se hubieran convertido en alas, y en pocos momen-

tos dejó muy atrás á sus enemigos, pero su satisfacción duró desgraciadamente muy poco. Pronto llegó á sus oídos un rumor que le hizo comprender que los lobos estaban otra vez sobre su pista. Cristóbal resolvió encastillarse entonces en una choza abandonada, que muy cerca de allí había, construída y usada en otro tiempo por su padre; porque estaba persuadido de la imposibilidad de llegar á su casa sin ser atacado por las fieras.

La ventaja obtenida le permitió abandonar el cauce del río, salir á la orilla, abrir la puerta de la choza, meterse dentro de ella y cerrar nuevamente la puerta en los hocicos mismos de sus feroces perseguidores.

Una vez dentro respiró, creyéndose fuera de peligro. Sí, no cabía duda: los lobos tendrían que convencerse, mal que les pesase, de que por aquella vez se quedaban sin banquete, y entonces se retirarían. Ya no pensó Cristóbal más que en instalarse lo más cómodamente posible. Luego que hubo afianzado sólidamente la puerta, preparó el combustible necesario, y momentos después se sentaba tranquilamente al calor de dos ó tres troncos que ardían chisporroteando alegremente. Sonaban de tiempo en tiempo golpes en la puerta, prueba de que algún sitiador, más impaciente que los otros, arremetía contra ella en su afán de remover el obstáculo que lo separaba de la víctima que creía ya entre sus dientes, y el concierto de aullidos era incesante y ensordecedor. Cristóbal oía claro y distinto el rumor de los pasos de los animales, que husmeando y dando resoplidos rondaban la choza buscando algún agujero que les permitiera meterse en ella. No parecía que los lobos pensaran en marcharse, pero, de todos modos, el muchacho se consideraba seguro. Afortunadamente disponía de toda la leña que podía desear. Echó otro tronco al fuego, se quitó los patines, y arrimó á la hoguera sus pies, que principiaban á enfriarse. Ya no lo inquietaban los lobos; no pensaba más que en la ansiedad de sus padres. Pero, ¿acaso estaba en sus manos ponerle término? ¿A qué gastar tontamente los tiros de su revólver si era tan grande el número de los asaltantes?

Cesaron como por arte de encantamiento los aullidos, fenómeno inexplicable que obligó á Cristóbal á aguzar los oídos para escuchar. ¡Figúrense ustedes cuál sería su espanto al ver que un lobo enorme había pasado ya la mitad de su cuerpo por la angosta ventana de la choza! Cristóbal había visto esa ventana desde el primer momento, pero no se le había ocurrido pensar que pudiera ser una fuente de peligro; la había considerado demasiado alta para que sus enemigos lograsen alcanzarla, y



...lo aplicó con todas sus fuerzas contra los hocicos del audaz asaltante. (Pág. 9.)

excesivamente estrecha para darles paso. Sin vacilar un instante, el muchacho agarró un tizón ardiendo y, lanzando un grito, lo aplicó con todas sus fuerzas contra los hocicos del audaz asaltante. Este dejó escapar un agudo chillido de dolor y cayó entre los suyos. Otro intentó la misma maniobra y fué rechazado en idéntica forma. Libre por entonces de los primeros enemigos, Cristóbal lanzó por la ventana el tizón ardiendo, que fué á caer en medio del rebaño. El efecto de este recurso fué maravilloso, pues determinó la dispersión inmediata de los lobos, al mismo tiempo que llegaban al oído del intrépido muchacho voces humanas, estampidos de armas de fuego y un ladrar furioso de perros, que le parecieron la música más armoniosa y agradable que había oído en su vida. Encaramóse en la ventana, y vió entonces que en dirección á la choza avanzaba un numeroso grupo de hombres provistos de antorchas encendidas. Los lobos habían considerado conveniente retirarse. Cristóbal abandonó inmediatamente su refugio y no tardó en echarse en brazos de su padre, que había oído aullar á los lobos y acudía, acompañado de varios vecinos, pensando que su hijo podía estar en peligro.

Muchas otras aventuras han ocurrido después á Cristóbal, pero nunca ha podido olvidar ésta, que recuerda como la más importante de su vida.

HEROISMO DE JUANITA

—¡Rasgo como éste no lo he oído en mi vida!—dijo la señora de Hidalgo, dejando el periódico sobre la mesa.—¡Hermoso! ¡Arrebatador! ¡Qué valor el de ese niño!

—¿De qué se trata?—le preguntó su esposo.—Léelo; hazme el favor.

La señora de Hidalgo volvió á tomar el periódico y leyó la noticia que había excitado su entusiasmo. Se decía en ella que la hija de un caballero se había salvado de una muerte casi segura gracias al valor y á la presencia de ánimo de un muchacho de la calle. Parece que la niña, que montaba una bicicleta, descendía á una velocidad disparatada por el fuerte declive de una colina por cuya base cruzaba á nivel una línea férrea. La niña, sin advertir que en aquel momento iba á pasar un tren, seguía bajando, se encaminaba á su perdición. «Es indudable que se hubiera producido una catástrofe—prosiguió leyendo la señora



...á no haber sido por la intervención de un pilluelo...

de Hidalgo,—á no haber sido por la intervención de un pilluelo que acertó á estar descansando al borde del camino y que logró detener la bicicleta. La ciclista, como comprenderá el lector, cayó al suelo. Parece que tanto ésta como su salvador han salido del paso con insignificantes rasguños».

—Efectivamente—contestó el señor Hidalgo, una vez terminada la lectura.—Ese es un rasgo de serenidad que honra al muchacho.

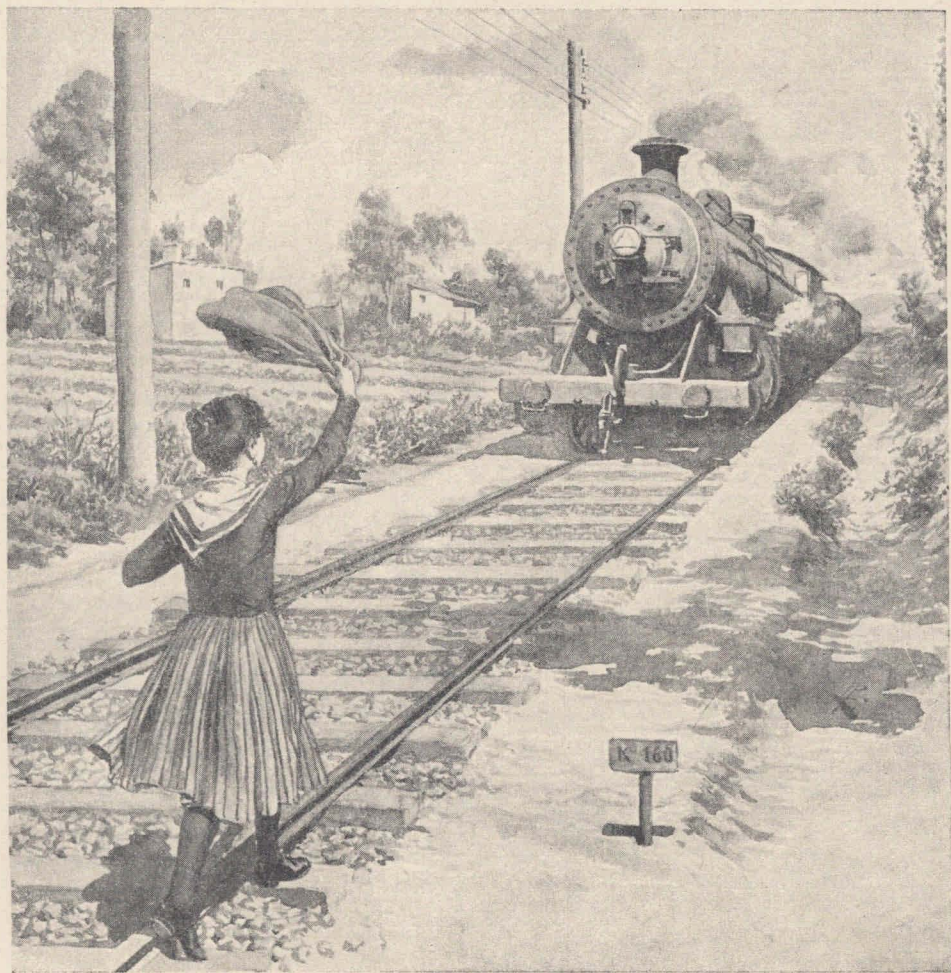
—Pues yo no veo valentía alguna—terció Juanita, hija de los esposos Hidalgo, que había estado escuchando con interés la lectura.—¡Cualquiera puede montar en bicicleta... y yo misma he montado muchas veces! En cuanto á salirle al paso para detenerla, tampoco veo en eso gran mérito.

—El mérito no está en lo que dices tú, Juanita, sino en tener serenidad para hacer lo que el pilluelo hizo en semejantes circunstancias—replicó la mamá.

—Así es—dijo el señor Hidalgo.—Suele darse el calificativo de valeroso al acto del que, viendo el peligro, no teme afrontarlo.

Juanita dió vueltas y más vueltas al asunto en su imaginación antes de dormirse aquella noche, deseando con toda su alma ser una heroína, realizar una hazaña asombrosa, impresionante.

—Para ello—se decía á sí misma,—es preciso que se presente la oportunidad, y parece que la oportunidad debería presentársenos de tiempo en tiempo, viviendo, como vivimos, en un lugar



...haciendo flamear sobre su cabeza aquella bandera improvisada. (Pág. 13.)

donde pasan tantos trenes y siendo papá guardaagujas; pero nunca nos ha ocurrido nada notable... ni el menor accidente, desde que estamos aquí.

Era el señor Hidalgo guardaagujas, como había dicho la niña, en un lugar despoblado, donde no se veía más que árboles, y Juanita, su hija única, solía estar sola la mayor parte del tiempo, particularmente cuando la mamá estaba muy ocupada ó de viaje. Aficionadísima á los trenes y á todo lo que se refería á ellos, casi tenía al respecto tantos conocimientos como su papá. Sabía al dedillo las horas de paso de los «expresos», de los «correos» y de los «de carga», y nunca tuvo necesidad de consultar el reloj para saber que un tren estaba por llegar.

Pocos días después de la conversación acerca de héroes y heroísmos que hemos transcrito aquí, la señora de Hidalgo recibió la desagradable noticia de que su padre había caído enfermo de gravedad. Como es natural, emprendió sin pérdida de momento el viaje, no sin dar antes instrucciones á Juanita acerca de lo que debía hacer durante su ausencia. Sus ocupaciones más importantes serían limpiar la cocina, tender las camas, hacer la comida del mediodía y preparar la merienda, «aunque es muy probable, casi seguro, que á esa hora yo estaré ya de regreso»—añadió.

Partió la señora de Hidalgo, dejando sola á Juanita. Al principio, adoptó ésta aires de persona formal, de ama de casa, y limpió la cocina, tendió las camas, y preparó la comida para su papá, y como todavía era temprano para llevársela, resolvió entretenerse dando un rodeo por el bosque en vez de seguir el camino recto, que era la vía misma.

Ocurría esto en verano, el día estaba caluroso por demás, y Juanita caminaba alegremente saboreando el bienestar que las sombras de los frondosos árboles le proporcionaban. Como tenía tiempo sobrado, sus pasos eran lentos, y se detenía muchas veces para recoger flores.

Salió al fin del bosque y llegó á la vía férrea precisamente junto al paso donde estaba la casilla del guardaagujas. Esperaba ver en ella á su papá, como siempre, pero con no poca sorpresa encontró vacía la casilla; intranquila entonces y presagiando algún peligro, apresuró sus pasos.

Dejó en la casilla su carga, se plantó en el centro de la vía y tendió sus miradas en ambas direcciones. ¿Qué hacer? El expreso del Norte iba á llegar diez minutos más tarde y no había nadie que le hiciese las señales.

Siguió mirando. Allá, á lo lejos, vió un bulto confuso sobre la

vía y fué corriendo á averiguar qué podía ser eso. Cuando estuvo cerca no pudo contener un grito de horror y angustia, pues lo que había allí era su padre, atravesado sobre las vías, con una pierna aprisionada bajo un grueso tronco, y sin sentido.

El temor, la ansiedad, dejaron inmóvil á Juanita durante algunos momentos. Vió que su padre se agitaba un poco; entonces corrió hacia él, le levantó la cabeza y trató de apartar el pesado tronco: era excesivamente grande para sus fuerzas, y no tuvo más remedio que renunciar á la empresa. Acordóse entonces de que en el extremo del terraplén en que se encontraba corría un arroyo, y tomando la gorra de su padre, echó á correr hacia allá para llenarla de agua, lo que hizo en un abrir y cerrar de ojos, volviendo en seguida adonde estaba su padre.

La frescura del líquido no tardó en devolver los sentidos al desgraciado señor Hidalgo, pero fueron inútiles los esfuerzos que hizo el infeliz para salir de su comprometida situación; era evidente que su pierna, si no rota, estaba por lo menos gravemente herida.

—¡No puedo, Juanita, no puedo!—exclamó al fin, rendido y falto de fuerzas.—El único recurso es que vayas tú en busca de auxilio.

En aquel momento se acordó Juanita del expreso del Norte. Iba á llegar dentro de un par de minutos, y si no se consiguiese detenerlo arrollaría infaliblemente á su padre... ¿Cómo impedirlo? El señor Hidalgo acababa de caer en un nuevo desmayo, dejando á Juanita presa de mortal angustia, vacilante entre la duda y el temor.

Como inspiración del cielo se le ocurrió entonces un pensamiento. Sí... detendría al tren de alguna manera... ¡Si dispusiera de una banderita colorada! ¡Ah! ¡ya sabía qué hacer! Desató de su cintura el delantal encarnado que llevaba, y echó á correr por la vía haciendo flamear sobre su cabeza aquella bandera improvisada.

Sonó el estridente silbido de la locomotora cuando el expreso entraba en la curva. Ya llegaban claros y amenazadores sus resoplidos de monstruo á los oídos de Juanita... Ya estaba á la vista. ¡Oh! ¡con que frenesí agitaba la niña su delantal! De arriba abajo, de derecha á izquierda... ¿Lo vería el conductor? ¡Sí! ¡Sí!... ¡Había visto la señal! Lanzó la máquina un silbido agudo... dos... tres. Juanita no daba punto de reposo al delantal. El tren estaba casi encima de ella, pero fácil era ver que acertaba la marcha, que muy pronto se detendría. Juanita veía

ya cabezas asomadas á las ventanillas, ávidas de conocer el motivo de la alarma.

El expreso fué á detenerse junto á Juanita, que explicó en breves palabras lo que sucedía. Inmediatamente salieron algunos hombres en auxilio del señor Hidalgo, no tardando en librarlo del peso del tronco y en trasladarlo á lugar conveniente. El pobre guardaagujas había encontrado el tronco tendido sobre los carriles, y al querer sacarlo de allí se le había ido de las manos cayendo sobre su pierna y dejándolo preso bajo su peso.

Los viajeros prodigaron entusiastas frases de elogio á Juanita, y uno de ellos la declaró «heroína».

La admiración de la niña al oír ese término que tanto le gustaba, fué inmensa, y subió de punto cuando el viajero, después de cambiar breves palabras con uno de sus compañeros, le regaló un billete de cincuenta pesos, manifestándole que acababa de salvar, junto con la vida de su padre, la de todos los viajeros.

Cuando regresó la señora Hidalgo de su viaje, y hubo oído la relación de lo acaecido, dijo :

—Te felicito, Juanita, pues has realizado realmente una hazaña valiente.

—No, mamá, no fuí valiente, pues confieso que pasé un miedo horrible—contestó Juanita.

—Precisamente esa circunstancia acrecienta tu mérito—replicó sonriendo la mamá.

UNA NOCHE EN EL RÍO

Estaba la noche oscura como boca de lobo. La luna había considerado conveniente ocultar su gordinflona faz, no se veía una estrella en el firmamento, y, por si esto no bastara, allá, en las márgenes del río, elevaban sus copudas cabezas los añosos árboles, contribuyendo no poco á obscurecer más aún la escena. Todo dormía, hasta la brisa, y sólo rompían el silencio los golpes vigorosos de remo de Santiago que surcaba la corriente á bordo de su canoa, y el blando golpear de las aguas contra la proa de la leve embarcación.

No vayan ustedes á creer que Elisa tenía miedo. ¡Qué! Bien persuadida estaba de que, mientras Santiago continuase á su lado, nada malo podría sucederle. Que la noche estaba obscu-

ra... ¡Mejor! Ella la habría deseado más oscura aún y silenciosa.

Los dos hermanitos habían pasado juntos todo el día. Eran hijos únicos de los esposos Contreras, y en aquellos tiempos, existían inmensos campos no ocupados todavía por los blancos, habitados únicamente por indios salvajes que á menudo ponían en graves aprietos á los atrevidos pobladores.

Catorce años tenía Santiago Contreras, aunque cualquiera, al verlo, le habría dado más. Manejaba el fusil y el remo como un hombre hecho y derecho, y no había ardid que no conociera. Elisa, de nueve años de edad, su compañera inseparable, era también muy valiente y decidida. Como él, conocía la vida del campo, y por eso los padres consentían siempre en que sus hijos anduviesen solos por donde se les antojase.

Los dos niños navegaban, pues, tranquilos y sin sombra de temor por las aguas del río, aquella noche oscura. Santiago tenía el fusil al alcance de su mano, dispuesto á servirse de él en caso de necesidad, y Elisa, sentada á proa, acechaba con cien ojos y era toda oídos para dar la voz de alarma en caso que se presentase un peligro.

Como navegaban pegados casi á la orilla, para evitar que los arrastrara la fuerza de la corriente, más de una vez tuvo Santiago que llamar la atención de su hermana á causa de las ramas que algunos árboles extendían sobre el agua.

—¡Has oído, Santiago?—dijo de pronto Elisa.—En ese matutal que acabamos de dejar á la espalda me ha parecido sentir un ruido extraño. Alguien nos sigue, probablemente.

Santiago dejó de remar. Efectivamente, se oía un golpear de ramas contra el agua, como si alguien se abriese paso por entre ellas.

—¡Ya lo veo!—exclamó Santiago.—¡No te muevas! ¡Es un animal!

Al aproximarse el animal pudo ver Elisa como dos carbones encendidos que se movían en la oscuridad. Santiago esperó un par de segundos, apuntó cuidadosamente, y disparó su fusil.

La pantera, pues era una pantera el animal que los seguía, dió un salto poderoso y rodó por el suelo, muerta instantáneamente.

—Aguárdame un momento, Elisa, quiero llevarme la piel—dijo Santiago.

Asiéndose á las ramas de los árboles, arrimó sin dificultad la canoa á la orilla y saltó á tierra. Poco tardó en encontrar el cuerpo de la pantera y se puso á arrastrarlo hacia el sitio donde

había quedado la canoa, á unos diez metros de distancia, pero al llegar allá vió que la canoa y Elisa habían desaparecido.

La sorpresa lo dejó por un momento rígido y mudo, pero pronto la reflexión se impuso en él y entonces sonrió complacido. ¡Sí! ¡No había duda! Elisa había querido divertirse á su costa, había querido chasquearlo... ¡Claro! ¡A que la encontraba escondidita cerca de allí, en alguna parte?

—¡Elisa, Elisa!—dijo en voz alta.—Me gusta que estés tan alegre, pero no podemos perder tiempo.

Ni respuesta, ni un rumor, ni un movimiento, ni rastros de Elisa.

—¡Elisa!—gritó, alzando más la voz.—¡Estoy esperando! ¡Basta de bromas! ¡Vaya, sal enseguida, que tenemos que volver cuanto antes á casa!

Por toda contestación, el silencio más absoluto.

Santiago empezó á sentir cierta intranquilidad. Lo que sucedía era muy extraño, tratándose de Elisa que, si bien es cierto que rabiaba por darle bromas, nunca se extralimitaba, nunca las llevaba demasiado lejos. Se encaramó á uno de los árboles y recorrió con la vista ambos lados del río, tratando de divisar la canoa. Pasados algunos minutos, no pudo contener un grito de satisfacción. Allá á lo lejos, asomaba por entre una maraña de ramas la cortante proa de la embarcación. Santiago bajó del árbol, y arrastrando la pantera se encaminó al sitio donde estaba la canoa.

—¡Puedes estar satisfecha, Elisa!—exclamó al llegar.—¡Me has dado un susto de los buenos!

Nueva sorpresa le esperaba allí. La canoa era la suya, efectivamente, pero Elisa no estaba en ella. No había allí más que su fusil, en el mismo sitio donde él lo había dejado.

Santiago se quedó con la boca abierta, sin saber qué pensar. Silbó, llamó, llenó el espacio con sus gritos, pero nadie le respondió. Decidido al fin á explorar las inmediaciones, se embarcó en la canoa y se lanzó al medio de la corriente.

*

* *

Volvamos á Elisa y veamos qué había sido de ella.

Tan pronto como la dejó sola Santiago, se le ocurrió hacer una diablura.

—Voy á dar un susto á mi señor hermano—se dijo.

Y, efectivamente, desatracó la canoa y la dejó correr á im-

pulsos de la corriente. Y, cuando hubo bajado así unos doscientos metros, viró hacia la orilla; mas apenas la hubo tocado, y antes que tuviera tiempo de lanzar un grito, se vió levantada en peso y llevada tierra adentro.

Tan grande fué su susto, que no pudo hablar; pero sabía también que, si quería librarse de algún golpe y no envolver á



Eran éstos dos indios, guerreros á no dudar...

su hermano en el peligro que la amenazaba, lo mejor era cerrar la boca. Hasta que la internaron bastante en el bosque y la dejaron en tierra, no supo quiénes eran sus raptos.

Eran éstos dos indios, guerreros á no dudar, adornados de plumas y armados de hachas, cuchillos, arcos y flechas. Un arsenal tan variado de pertrechos de guerra la habría asustado se-

guramente si no lo hubiese visto ya en distintas ocasiones, y si no hubiera sabido, á pesar de sus pocos años, que nada perjudica más al que cae en poder de los indios, que las manifestaciones de miedo. Sentóse, pues, tranquilamente, fijas sus miradas en los indios, que á su vez la contemplaban con curiosidad, sin mostrar prisa por seguir andando.

Después de haber cambiado algunas palabras con su compañero, uno de los indios tomó en sus brazos á Elisa y la internaron más en el bosque; y al fin, dando un rodeo considerable, salieron nuevamente á la orilla del río y no pararon hasta unirse á una partida de indios que estaban acampados en torno de una hoguera.

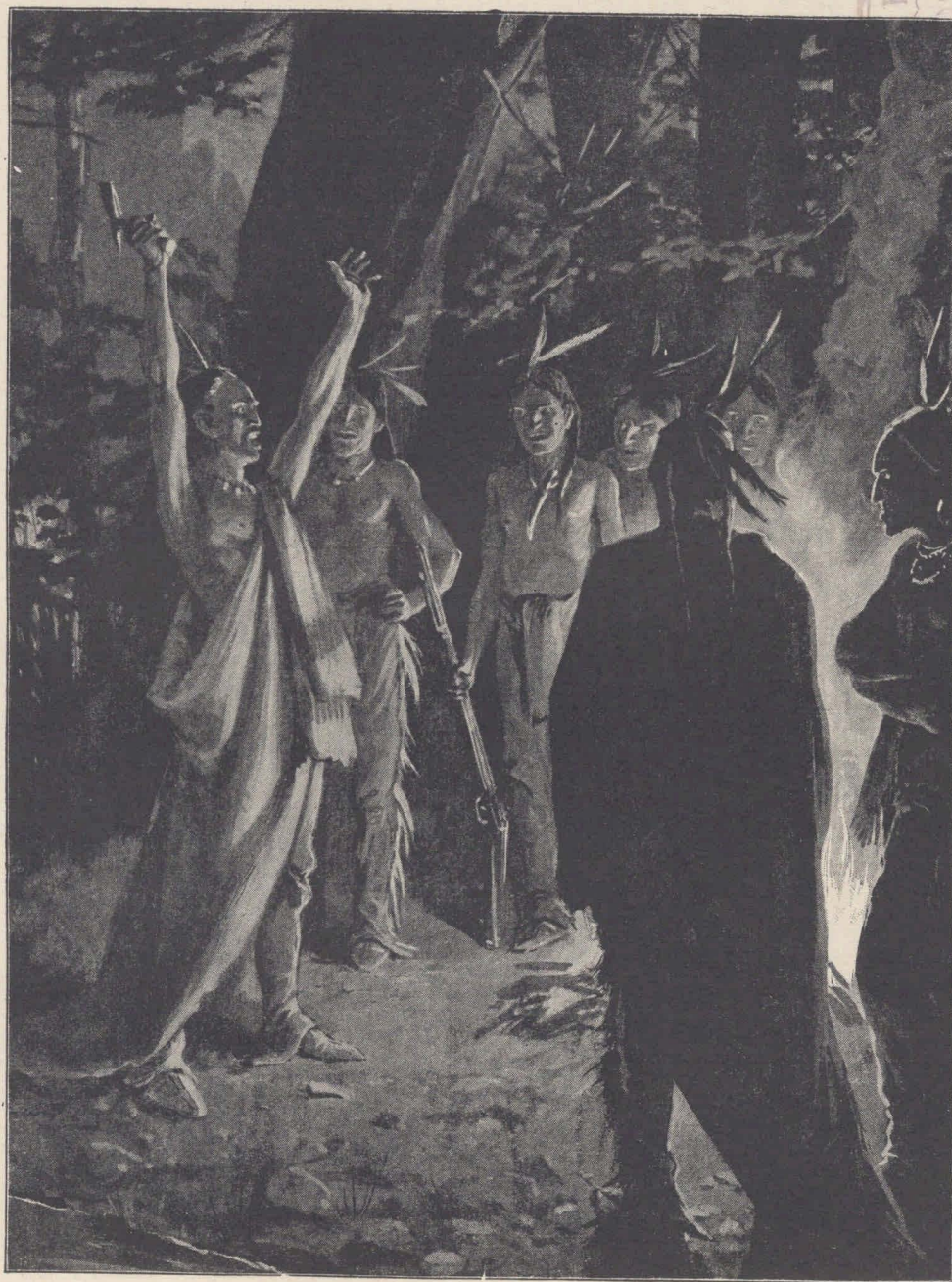
Quedó Elisa confiada á los cuidados de uno de los guerreros mientras el resto iba á celebrar consejo para que se decidiese la suerte de la niña.

No había despegado Elisa los labios en todo ese tiempo, pero las pocas esperanzas de salvación que abrigaba en un principio iban debilitándose por momentos, y, aunque demasiado tarde, lamentaba amargamente su imprudencia. Sentada en el suelo, libre de manos y pies, pues los indios no habían creído necesario tomar la precaución de atar á una prisionera tan joven, tuvo ocasión de observar que los conferenciantes no lograban ponerse de acuerdo acerca de lo que debían hacer con ella.

El que la había robado era partidario de que se la conservara prisionera, mientras que casi todos los demás opinaban lo contrario. Elisa no perdía palabra ni gesto, cosa natural, puesto que era nada menos que su suerte futura lo que se estaba discutiendo, y su ansiedad crecía tanto más que se veía impotente, persuadida como estaba de que, si trataba de oponer alguna resistencia, sólo conseguiría agravar su situación, ya muy comprometida.

De pronto sintió saltar de gozo su corazón al ver á un indio que, sentado junto á la hoguera, la miraba con fijeza, y en quien reconoció á uno que tiempo atrás había recibido favores de su padre. Iba á llamarlo ya, cuando selló sus labios una seña enérgica que él le hizo para que se dejara estar quieta. La discusión se fué animando y los pareceres no llegaron á armonizarse, y el resultado fué que se confió la niña al indio que no había tomado parte en la controversia, el más desinteresado é indiferente al parecer, y el amigo de Elisa precisamente. El era quien debía cuidar á la niña aquella noche.

Mientras tanto, Santiago estaba desesperado ó poco menos. Varias veces recorrió el río en todas direcciones, escudriñó la



...los conferenciantes no lograban ponerse de acuerdo... (Pág. 18.)

maleza de las orillas, repitió hasta cansarse una señal que con Elisa había convenido desde mucho antes... ¡Todo fué inútil! Al fin, cuando ya había perdido las esperanzas, cuando se disponía á llevar á sus padres la triste nueva de la desaparición de Elisa, vió cierto resplandor entre los árboles. Guiando su embarcación hacia la orilla opuesta y recatándose bajo las sombras de los árboles, subió la corriente bogando sin hacer ruido hasta que llegó á un sitio que le permitía observar los movimientos de los indios acampados.

Quiso su buena suerte que llegase allí precisamente en el momento en que con más calor se discutía la cuestión suscitada por la captura de Elisa. Santiago no podía ver á su hermana, pero sí á los guerreros que incesantemente cruzaban de un lado á otro, sin separarse nunca mucho de la hoguera. Aunque Elisa no estaba allí, al parecer, sospechó que había podido caer en manos de esos salvajes, y resolvió cerciorarse de ello. Al efecto, siguió subiendo la corriente, y cuando hubo dejado bastante atrás al campamento, cruzó hacia la otra orilla y dejó que la corriente se llevase la embarcación hasta el lugar donde estaban acampados los indios. Sin vacilar saltó á tierra entonces, justamente cuando los indios daban por terminado el consejo y se dispersaban tomando opuestas direcciones. Vió Santiago que uno de ellos hacía una señal á alguien que debía estar en la sombra, y como si esa señal hubiera sido un misterioso conjuro, surgió de pronto una niña. ¡Era Elisa!

Santiago vió cómo se retiraban los indios, cómo aventaban las cenizas después de apagar la hoguera, y estaba vacilante, sin saber qué hacer, cuando llegó clara y distinta á sus oídos la señal convenida con su hermanita.

Respondió á ella sin tardanza, é inmediatamente oyó un rumor de pasos que se dirigían al lugar donde estaba oculto. No tardó en destacarse de entre la maleza la figura de un indio que llevaba en brazos á Elisa. Santiago, pensando que eso podía ser un ardid para apoderarse también de él, apuntó serenamente al indio, y se disponía á hacer fuego cuando la vocecita de Elisa lo detuvo.

—¡Cuidado, Santiago!—gritó.—¡No dispaes! ¡Es un buen indio! ¡Es mi amigo!

Atónito y sin saber qué pensar, Santiago bajó el fusil. El indio llegó en cuatro zancadas á la orilla, puso á Elisa en la canoa, le estrechó su mano, y sin decir una palabra desapareció.

Santiago no perdió tiempo. Principió á remar vigorosamente, y antes que hubiesen pasado muchos minutos los dos her-

manos estaban fuera del alcance de ese amigo y de la turba de sus enemigos.

Conocemos ya la mayor parte de lo que había sucedido á Elisa ; sólo nos resta explicar, pues, que el indio amigo fué quien aconsejó á la niña que hiciera la señal convenida con su hermano, por si la casualidad hacía que esa señal llegase á los oídos



...llegó á un sitio que le permitía observar los movimientos de los indios... (Pág. 20.)

de Santiago. ¡ Qué viva fué, pues, su alegría cuando fué contestada inmediatamente !

Poco tardaron Santiago y Elisa en encontrarse nuevamente en su casa, refiriendo su interesante aventura á sus padres, que más de una vez se estremecieron durante el relato ; y cuando, terminada la historia, comprendieron cuán espléndida recompensa había tenido así un favor hecho en otro tiempo á un hombre desamparado, bendijeron á Dios por haberlos dotado de tan buen corazón.

ALEJANDRO Y LA BANDA

—¡ Es un cobarde, y nada más!—exclamó Teodoro.

—¡ Mira que asustarse de la obscuridad!—dijo Daniel en tono zumbón.

—¡ No debería estar en nuestra clase!—observó Rogelio.—
¡ Nos deshonra!

—¡ Pero no habría medio de curarlo?—insinuó Guillermo.

Los escolares se quedaron un momento en silencio, dando vueltas al asunto.

—¡ Ya lo encontré!—gritó radiante de alegría Miguelito.—
¡ Un plan soberbio!

—¡ Habla! ¡ habla!—gritaron á voz en cuello todos los demás.

Miguelito se apresuró á detallar el plan que su fecunda imaginación acababa de trazar.

Motivaba la discusión un escolar, recién ingresado en el colegio y que se llamaba Alejandro. Los colegiales cifraban su orgullo, no en el adelanto intelectual, como debiera haber sido, sino en sus valentías y hazañas audaces, que la mayor parte de las veces no eran sino solemnes tonterías puesto que les hacían correr peligros de todo punto innecesarios. Alejandro, por el contrario, era un muchacho tranquilo y pacífico, un poquito medroso y asustadizo, y muy nervioso. Una voz fuerte que sonase de improviso junto á sus oídos bastaba para hacerle dar un salto, y un bicho cualquiera que llegara á encontrar en la cama le causaba un susto tremendo. Fundándose en estas cosas, los intrépidos escolares le declararon afeminado y cobarde.

Conocido el plan de Miguelito, los escolares lo aprobaron por unanimidad, decidiendo ponerlo en ejecución el primer día de fiesta.

Cuando llegó ese día, Teodoro, que se había arrogado la dignidad de jefe de la banda, dijo á Alejandro:

—Esta tarde pensamos visitar el antiguo Convento. Creo que si vienes no te pesará, aunque no sea más que por la rica variedad de escarabajos que vas á encontrar allí.

Mucho sorprendió á Alejandro el tono cariñoso en que se le hacía esa invitación, habituado como estaba á ser tratado con desdén por sus compañeros de colegio; mas no por ello dejó de

aceptarla con placer, entre otras razones por la variedad de escarabajos que se le ofrecía, pues hay que advertir que el buen Alejandro era coleccionador entusiasta de escarabajos, mariposas, y «pavadas por el estilo», según la frase de Daniel.

Alegres como unas castañuelas los colegiales emprendieron el camino del Convento, refiriendo historias de hazañas de la banda—nombre que á sí mismos se daban Miguelito y compinches,—y sazonándolas con leyendas espeluznantes relacionadas con el Convento, historias forjadas por Guillermo con una intención perversa. Referíanse casi todas esas leyendas á espíritus, fantasmas, aparecidos y otros seres terroríficos que, según el narrador, vagaban por la antigua torre del Convento, y Alejandro, de ánimo apocado, crédulo como pocos, y muerto de miedo, escuchaba fascinado esas patrañas, y llegaron á inspirarle tanto horror que sólo su afición á los escarabajos y el temor á las cuchufletas de sus compañeros pudieron impedirle que desistiese de la excursión y se volviera al colegio.

Llegados al Convento, los colegiales consiguieron sin dificultad la llave de la torre, confiada á un portero viejo conocido de ellos, y Miguelito, que se quedó atrás cuando los demás se dirigían á la torre, dijo al portero que, como pensaban dejarse estar hasta tarde, le devolverían la llave á la mañana siguiente. No era nueva esa demanda, y el viejo accedió á ella, sin pensar que los colegiales podían meditar algo que no fuera perfectamente inocente.

Después de pasar la tarde entre las ruinas del Convento, la banda entregada á sus hazañas habituales, y Alejandro levantando piedras en busca de sus queridos escarabajos, Miguelito llevó á todos á la famosa torre, aventurándose por una tenebrosa y estrechísima escalera de caracol. Y, cuando estuvieron en lo más alto dijeron á Alejandro que lo dejaban en ese sitio donde iba á encontrar las variedades más raras y preciosas de escarabajos, mientras ellos bajaban á proseguir sus juegos. Sin que cruzase por su mente la más leve sombra de sospecha, Alejandro vió cómo sus compañeros descendían por la escalera y se entregó en seguida á la tarea de buscar insectos. Como sus investigaciones dieran resultados negativos, se cansó al cabo de un rato y se sentó á descansar sobre el parapeto. Disfrutábase desde allí de una vista soberbia. A sus pies aparecía la ciudad, como si estuviera acostada, y á lo lejos, en la línea del horizonte, las montañas alzaban hasta las nubes sus crestas, detrás de las cuales se hundía entonces el sol.

Mucho tiempo hacía que Alejandro estaba sentado sobre el

parapeto, y empezaba ya á inquietarlo la tardanza de sus compañeros cuando le llamó la atención un rumor insólito. Miró hacia abajo y, no sin sorpresa vió á Teodoro, Daniel y demás que bajaban al camino asiéndose á la hiedra que revestía los antiquísimos muros del Convento. ¿Cuál sería su idea? Gritó desde lo alto de la torre, y Daniel, que era el primero que había bajado, alzó la cabeza y agitó la mano. En cuanto todos estuvieron en el camino, dirigieron sus miradas á lo alto, se descubrieron con cómica seriedad, hicieron tres reverencias profundas, y se alejaron sin proferir palabra.

Un rayo que hubiera caído á los pies de Alejandro no le habría causado peor efecto. Gritó con toda la fuerza de sus pulmones, pero sus compañeros no le dieron oídos, y pronto desaparecieron en un recodo del camino. El pobre muchacho comprendió entonces que lo dejaban solo, haciéndole así objeto de una broma excesivamente pesada. El sol se había puesto, y las sombras de la noche se venían encima rápidamente. Alejandro resolvió sobreponerse á su timidez bajando de la torre lo más pronto posible, aunque era tan grande el miedo que la tétrica escalera de caracol le infundía que vaciló mucho antes de aventurarse por ella. Hizo, empero, acopio de valor, y bajó casi sin aliento los carcomidos peldaños; pero, al llegar al pie se encontró con que la puerta estaba cerrada con llave...

Alejandro arremetió entonces contra la puerta, la golpeó con todas sus fuerzas, pero era demasiado sólida para ceder ante tan débiles esfuerzos. Llamó, gritó, y el eco le devolvió sus palabras, dándoles inflexiones fatídicas. Lanzóse nuevamente escalera arriba, y por poco cayó al suelo horrorizado al sentir que se le pegaba á la cara una cosa blanduzca que resultó ser un murciélago.

Cuando llegó á lo alto de la torre, había cerrado ya la noche; los edificios de la ciudad aparecían vagos é indecisos, y los capiteles y agujas de los campanarios semejaban enormes lanzones clavados en una masa negra, que se agitaba movida por seres sobrenaturales. Todas las historias terroríficas narradas por Guillermo en el camino acudieron á su memoria, causándole una perturbación tan grande que llegó á ver seres fantásticos en todas las hojas de la hiedra y á creer que azotaban su cara manos invisibles.

Imposible era permanecer toda la noche en un lugar tan espantoso: había que salir de allí á todo trance. Asomóse por el parapeto, y se estremeció de terror; tan tremenda era la altura que bastaba considerarla para sentir vértigos.

Reconoció el lado opuesto, por si la casualidad le deparaba algún otro medio de escape. Su mano tropezó con algo duro, frío... era una espiga de hierro empotrada en el muro. No tardó en encontrar otra. Avanzó entonces el cuerpo, y descubrió que esas espigas servían de amarradero á una escala de cuerda, que estaba casi enteramente cubierta por la hiedra, y al parecer en bastante buen estado. ¡Allí tenía una vía de salvación! Pero... ¡qué vía! ¡Se atrevería él, Alejandro, el miedoso por excelencia, á montar sobre el parapeto, á buscar con los pies la escala, y á colgarse de ella encima del pavoroso abismo?



¡Si! El terror había infundido en su pecho un valor desesperado. Se asió convulsivamente á las espigas, montó sobre el parapeto, y asentó uno de sus pies sobre la escala. Poco á poco fué soltando las espigas hasta prenderse de las manos á las cuerdas y poner ambos pies en sus travesaños. No se atrevía á mirar hacia abajo, convencido de que la vista del abismo le sería fatal, y, con los ojos puestos en el cielo, empezó á bajar muy despacio, pues como he dicho, la escala estaba cubierta por la hiedra y costaba trabajo dar con los travesaños.

El peso de su cuerpo rompió las ramas que mantenían á la escala pegada á la pared, y desde aquel punto el descenso se hizo mucho más peligroso que antes. La escala, que ya no tenía

más apoyo que las espigas del parapeto, se balanceaba de una manera horrible, tanto que jamás pudo Alejandro explicarse cómo había podido mantenerse asido á ella. Sin embargo, por extraño que parezca, lo cierto que Alejandro no la soltó, y terminó felizmente su arriesgado descenso, aunque, no bien tocó tierra con los pies, cayó desvanecido.

Una hora más tarde lo recogía y llevaba á su casa el portero del edificio, apresurándose á enviar al colegio la noticia de lo sucedido.

Varias semanas tuvo que estar el pobre Alejandro en cama, por habérsele declarado una enfermedad gravísima cuyo origen fué, á no dudar, el miedo. Sus compañeros confesaron la parte que en el lamentable suceso habían tenido, siendo severamente castigados por su picardía. Alejandro intercedió por ellos no bien tuvo noticia del castigo, y gracias á su intercesión los perversos no fueron expulsados del colegio. El Director les dijo en tono muy duro, que, en cuanto á valor, habían resultado muy inferiores á Alejandro, pues «una acción villana como la que habían cometido era propia sólo de cobardes», observación que los hirió en lo vivo más que ninguna otra.

Es de creer que aprovecharon esta lección, porque, tan pronto como Alejandro se puso bueno, lo nombraron por aclamación jefe de la banda.

EL VIAJE Á LA ISLA DESIERTA

—Yo te acompaño, Roberto—dijo Dorotea.—Estoy harta de lecciones de francés, y por si eso no fuera bastante, Leticia está en cama con sarampión y tardará una porción de días en volver á la escuela. ¡Calcula, pues, si tendré interés en acompañarte á la Isla Desierta!

—¡Admirable!—contestó Roberto.—Iremos esta tarde.

Los dos hermanos vivían en una linda población de la costa acariciada por el mar. Once años tenía Roberto y diez Dorotea, cuando resolvieron salir á ver el mundo, seducidos quizá por las aventuras descritas en un libro que Roberto estaba leyendo entonces. Escaparse de su casa no les parecía ser una cosa muy extraordinaria, aunque la verdad es que no tenían motivos para adoptar una resolución tan grave. No podían quejarse de ser tratados con dureza por un padrastro cruel ó por un tío desal-

mado, ni de que les faltara nada de lo que querían comer cuando tenían ganas, ni de que se les tratara con menos mimo que á sus hermanos mayores, Samuel, de diez y seis años, y Margarita de catorce.

Empero, con motivo ó sin él, lo cierto que Roberto anhelaba un cambio de horizontes, y en la fecha en que da comienzo nuestra historia estaba convencido de que el mejor de los cambios sería ir á vivir en una isla desierta. Después de madurar durante varios días este plan y de aquilatar sus ventajas y sus inconvenientes, resolvió llevarse consigo á Dorotea. La razón de esta decisión está tal vez en el hecho de que Roberto y Dorotea eran inseparables, pues, aunque Roberto se inclinaba en muchas ocasiones á tiranizar á su hermanita, por regla general no estallaban entre ellos disensiones, debido sin duda á que Dorotea, según la frase de Roberto, era «muy inteligente».

La proposición de ir á la Isla Desierta no pudo llegar en mejor ocasión por lo que á Dorotea se refiere, pues precisamente desde hacía dos días se sentía intranquila y nerviosa. Merced á tan feliz circunstancia, accedió desde el primer momento á la proposición de Roberto, con no poco contentamiento de éste, que creía que iba á tropezar con alguna resistencia.

Aquella misma tarde partieron los niños, llevando abundantes provisiones para el viaje: habían reservado dos rebanadas de pan, una manzana y una tortita, con lo que pensaban tener de sobra para regodearse bastante tiempo. Dorotea llevó consigo á su muñeca, no sin que Roberto hiciera oposición á esa ocurrencia de meter un viajero más en el barco, oposición que la niña logró vencer al fin haciendo ver á su hermanito que el nuevo viajero pesaba muy poco y no ocasionaría gran quebranto en la despensa durante el viaje.

Burlando la vigilancia del viejo Benjamín, se embarcaron en el bote, y pusieron la proa al «mar abierto», rumbo que, á juicio de Roberto, los llevaría indudablemente á su destino.

Al principio, todo fué bien. Quebrábanse los rayos del sol sobre un mar llano, tranquilo, plácido; el barco hendía las hondas impelido por las vigorosas remadas de Roberto. Dorotea se había sentado á popa con su muñeca, y ambos hablaban llenos de entusiasmo de las maravillosas hazañas que se proponían llevar á cabo una vez que llegasen á la Isla Desierta.

Esta perspectiva tan risueña no pudo impedir que Roberto sintiese cansancio en los brazos. ¡Pesaban tanto los remos! Y, además, parecía que alguien se complacía en aumentar de momento en momento el peso del barco. Fuerza fué que Dorotea

empuñase un remo, quedando Roberto con el otro, pero, ¿qué maleficio pesaba sobre los audaces navegantes? El remo con que bogaba Dorotea se le escapó de las manos y se quedó flotando sobre las aguas á alguna distancia del bote, y todos los esfuerzos que hizo Roberto para recuperarlo fracasaron, porque el barco se empeñó en dar vueltas y vueltas alrededor del remo sin querer acercarse á él, no obstante la maestría y pericia de su tripulante.

Los hermanos descansaron un momento para recobrar valor y fuerzas, y luego se dedicaron con redoblado ardor á la caza del remo, persuadidos de que con uno sólo no podrían llegar nunca á la Isla Desierta. Inútiles fueron sus esfuerzos; el bote continuó navegando alrededor del remo, y alejándose cada vez más de la playa. Roberto se sentó entonces á meditar sobre su situación. Estaban ya bastante lejos de tierra, y la marea los internaba en el mar cada vez con más fuerza. Las personas que andaban por la playa parecían hormigas, y no era probable que divisasen al comprometido botecito, y aunque lo viesen, lo tomarían por alguna barca pescadora.

El sol había descendido tanto que besaba ya la superficie de las aguas, soplaba un viento fresco y la perspectiva que en lontananza veían los niños no ofrecía los rosados colores de media hora antes. Dorotea tomó el contratiempo con calma imperturbable; absorta en la tarea de colocar en su estómago media manzana, dejó á Roberto la dirección del asunto. En circunstancias normales, no habría podido hacer ella nada más del agrado de su hermano, pero en aquella ocasión, Roberto principiaba á considerar demasiado difícil la empresa y la confianza que había tenido siempre en sus fuerzas sufría un rudo quebranto.

Inmensa fué su satisfacción al avistar otro bote que venía en su dirección. La distancia que los separaba era bastante considerable, pero era indudable que esa embarcación hacía rumbo hacia ellos. Roberto decidió dejar para el día siguiente el viaje á la Isla Desierta, y en breves palabras puso á su hermanita al corriente de las maniobras que debían hacer.

Su nuevo plan consistía en izar la bandera de auxilio, pasar á bordo del buque desconocido y viajar en él hasta el puerto más inmediato. Dorotea no hizo objeciones; izóse, pues, la señal conveniente, y Roberto bailó de contento al ver que el buque desconocido avanzaba rápidamente hacia ellos.

A medida que ese buque se aproximaba, los náufragos creían reconocerlo cada vez más hasta que la voz de Samuel les hizo comprender que no se trataba de una embarcación extranjera

tripulada por desconocidos sino de la barca en que su hermano había salido á pescar aquella tarde, y que retornaba entonces.

Samuel se rió de muy buena gana cuando los niños le refirieron toda su historia. Amarró el bote á la popa de la *Sarita Juana* nombre que tenía su barca, y trasbordó á ésta á los dos niños.

—Pueden dar gracias al cielo—dijo ;—porque, si no los hubiera encontrado yo, sabe Dios lo que habría sido de ustedes.

Los enamorados de la Isla Desierta se callaron, muy impresionados.

—Voy á decirles lo que podemos hacer ahora—dijo Samuel poco después.—Visitaremos aquel viejo buque náufrago que está en el extremo de la escollera. Muchas veces he tenido la intención de explorarlo, y para hacer eso aprovecharemos ahora la oportunidad de estar los tres juntos.

Roberto y Dorotea acogieron la proposición con muestras de viva alegría, y no pasó mucho rato sin que los tres se encontrasen á bordo del buque náufrago, después de haber dejado su barca atracada á la escollera.

Crecía gradualmente la intensidad del viento, y de pronto el buque náufrago, sin que sus tripulantes lo advirtiesen, rompió las amarras que lo tenían sujeto á la escollera.

Descendió Samuel por la desvencijada escalera, seguido de Roberto y Dorotea, y visitaron los solitarios camarotes, en los cuales, como es de suponer, no encontraron nada.

Ocurriósele á Samuel mirar entonces por una de las escotillas.

—¿Qué es esto ?—exclamó profundamente alarmado.—¡ Nos estamos moviendo !

En menos tiempo del que cuesta referirlo, se encontró sobre el puente y se convenció de que su alarma era desgraciadamente fundada. El barco se movía. Rotas las amarras, la marea y el viento, que era bastante fuerte, lo habían empujado mar adentro, dejándolo á merced de las olas. Cuando Roberto y Dorotea llegaron al puente, se vieron, por segunda vez esa tarde, en grave peligro de naufragio.

¡ Pobre Samuel ! Su imperdonable descuido lo puso furioso y desesperado. Todavía alcanzaba á divisar perfectamente á su *Sarita Juana*, que blandamente se mecía junto á la escollera. Agitó los brazos, gritó hasta quedar ronco, pero nadie contestó ; no se veía un alma por las inmediaciones, y, para colmo de desgracia, la noche se venía encima. La situación no podía ser más horrible. Samuel desconocía el estado del buque en que se encontraba ; ignoraba las causas que habían determinado su nau-



¡Qué de ademanes desesperados, qué de gritos... (Pág. 31.)

fragio, y temía con sobrado fundamento que se fuese á pique de un momento á otro. Más aún, lo sorprendía que se mantuviese tanto tiempo á flote. La mar se había puesto gruesa y las olas azotaban los costados del destartado barco de una manera alarmante; si se llegaba á romper alguna plancha, la perdición de los tripulantes era segura.

Roberto y Dorotea, en cambio, mostrábanse tranquilos y contentos, porque, por una parte, no se les ocultaba que la responsabilidad de su hazaña pesaba entonces sobre Samuel, y por la otra, tenían la esperanza de que ese accidente los llevara al fin á la Isla Desierta.

Pero llegó un momento en que las olas batieron con tal furia los costados del buque que su alegría sufrió no poca merma. Las rebanadas de pan se impregnaron de agua de mar, inutilizándose, como es consiguiente; la torta había quedado á bordo de la *Sarita Juana*. No encontraban más que humedad por todas partes, humedad y tinieblas, pues la noche había cerrado, obscura y fría por añadidura.

Samuel parecía estar seriamente sobresaltado. Inclinado sobre la borda del buque dirigía sus miradas á la inmensidad del mar, sin que el golpear de las olas disipara su ensimismamiento, y no dirigía la palabra á los niños, que principiaban ya á sentir deseos de encontrarse nuevamente en su casa.

—¡Creo que se ve una vela!—gritó de pronto Samuel.

Miró Roberto, miró Dorotea. Sí... era una vela, muy lejana sí, pero que muy bien podía acercarse más á ellos. Resultaría empresa imposible describir la agonía que sufrió Samuel durante unos cuantos minutos, pasando alternativamente del temor á la esperanza, y de la esperanza al desaliento, según creía que la vela se aproximaba ó se alejaba. Al fin se convenció de que iba acercándose por momentos, y de que, como no torciese el rumbo, no tardaría en estar cerca de ellos.

¡Oh! ¡Qué de ademanes desesperados, qué de gritos, hasta que advirtió que los hombres del buque los habían descubierto. No sin grandes dificultades consiguieron sus tripulantes trasbordar á los náufragos, y pocas horas después los tres hermanos entraban sanos y salvos en su casa.

Vinieron entonces las explicaciones, en pos de ellas las reprensiones, y Roberto y Dorotea, comprendieron al fin que era empresa disparatada querer escaparse á la Isla Desierta.

DOS HISTORIAS DE CAZA

—¡ Eh, muchacho !—gritó una voz áspera á espaldas de Ricardo.

Instintivamente se volvió éste, deteniendo el caballo. Regresaba á su casa después de un día desgraciado de caza de antílopes, y no había advertido la aproximación de los desconocidos hasta que le llamó el que cabalgaba al frente de la partida.

Era Ricardo un joven norteamericano que vivía en compañía de sus padres, buen tirador y aficionado á dedicar á los placeres cinegéticos uno que otro día.

Los desconocidos parecían ser aventureros que vagaban por aquellos parajes sin objeto determinado. Ricardo no demostró gran interés en trabar relaciones con ellos. Creyó, sin embargo, que debía mantener una actitud cortés ; contestó con agrado las preguntas que le dirigieron y no tardó en engolfarse en una conversación á propósito de cacerías, en el curso de la cual demostró tener no poca experiencia el que parecía ser el jefe de la partida.

—Uno de los espectáculos más impresionantes que he visto en mi vida—dijo,—fué el que tuve ocasión de presenciar en las Indias Orientales. Había pasado el día en la selva entregado á la caza de venados, sin conseguir gran cosa, dicho sea de paso, y cuando regresábamos á casa con mi compadre oímos un ruido extraordinario, un fragor parecido al que harían veinte calderas hirviendo y cuarenta perros aullando y ladrando á un tiempo. Corrimos hacia la espesura de donde partía el estrépito, y no tardamos en ver lo que ocurría. Ofrecióse á nuestra vista una serpiente enorme, enroscada en el cuerpo de un oso, trabados los dos en lucha desesperada ; el oso rugía, daba terribles zarpazos y procuraba morder, y el culebrón silbaba, prendido de cola al tronco de un árbol, tratando de estrangular al oso.

Imposible habría sido imaginar una lucha más soberbia. Yo aposté en favor del oso, y mi compañero en favor de la serpiente, y ¡ palabra de honor ! cuando observé la fuerza con que la serpiente se agarraba de la cola al árbol, creí perdida mi apuesta. Empero, esta circunstancia, que al parecer debía darle tanta ventaja, fué precisamente la causa de su perdición. pues el oso acabó por hacer presa, con los dientes, de esa parte del cuerpo

de su enemigo. ¡Caramba! ¡Con que fuerza debió clavar los colmillos en el infortunado reptil! No pasó mucho tiempo sin que la serpiente empezase á aflojar sus anillos, y al fin se desprendió del árbol y cayó al suelo. Tan pronto como se vió libre, el oso se sacudió de pies á cabeza y se alejó con calma majestuosa.

Aquí terminó la historia; pero el sol se había hundido ya en el horizonte, y Ricardo se encontraba bastante lejos de su casa,



...el oso acabó por hacer presa, con los dientes... (Pág. 32).

y los desconocidos no parecían tener prisa por desprenderse de su compañía. Comprendió que sólo esperaban la menor insinuación para ofrecerse á acompañarlo hasta su casa, pero esto era precisamente lo que Ricardo quería evitar á toda costa.

Después de un largo rato, en que todos marcharon en silencio, Ricardo detuvo de pronto su caballo, y dijo:

¡Vaya! ¡He equivocado el camino! ¡Ahora sí que no sé qué dirección tomar para ir á casa!

Efectivamente, había equivocado el camino, pero adrede, y sabiendo muy bien donde había dejado el verdadero. La noticia desagradó no poco á los acompañantes; que se relamían ya

de gusto al pensar en la succulenta cena que en la casa del joven les esperaba y en el cómodo alojamiento de que disfrutarían mientras á su lado estuviesen; pero, en vista del percance sobrevenido, no tuvieron más remedio que buscar un sitio conveniente para acampar durante la noche.

Así lo hicieron, y Ricardo no fué el que menos actividad demostró en los preparativos, tomando la precaución de dejar medio suelto á su caballo y de colocarlo fuera del círculo que formaban los de los demás.

Los aventureros encendieron un alegre fuego en torno del cual se sentaron para despachar en un momento las provisiones que llevaban consigo. Humearon las pipas, soltáronse las lenguas, y Ricardo sentía crecer en él el anhelo de librarse de aquella compañía, que desde el principio le había parecido enojosa. Sin embargo, como notara que el jefe no le quitaba el ojo de encima, y como, por otra parte, no encontraba una excusa plausible para alejarse, haciendo de la necesidad virtud, le rogó que refiriera otra historia de caza, y el aludido, sintiendo halagada su vanidad ante el tributo que se rendía así á sus facultades de ameno cronista, principió, sin hacerse rogar:

—Cuando me ocurrió la aventura que voy á referir, me encontraba en Colombia, y era un barbilampiño, un jovenzuelo, como seguramente querría ser usted siempre. Estaba con un compañero y habíamos pasado todo el día en el campo, y, como sintiéramos que nuestros miembros reclamaban descanso, nos sentamos. Yo fumaba tranquilamente, sin inquietarme gran cosa por las fieras, cuyos ataques no esperaba. A mis espaldas, erguíase un árbol corpulento, y cuando más embebidos estábamos en nuestra conversación oímos crujir sus ramas, y como llovido del cielo cayó de pronto junto á nosotros un bulto... ¡palabra de honor! si no me hubiera echado para atrás, más que por reflexión, por instinto, seguramente no estaría á estas horas contando á ustedes que lo que acababa de dejarse caer del árbol era un puma. Sí... ya sé que suelen llamar al puma el «amigo del hombre», pero á mi juicio ese amigo resulta ser demasiado pegajoso. Trabajó nos costó matarlo, pero al fin lo conseguimos.

A todo esto, el fuego iba apagándose y dejando sumida casi en la obscuridad la escena, pero, á pesar de todo, Ricardo no veía aún la manera de escaparse. Ocurrió con las historias lo que suele ocurrir con las cerezas, y salieron á relucir entonces aventuras y más aventuras, hasta que el sueño acabó por rendir á los aventureros. Ricardo se prestó á hacer la primera guardia, pero el jefe declinó el ofrecimiento comprometiéndose á



...y como llovido del cielo cayó de pronto junto a nosotros un bulto... (Pág. 34.)

vigilar él en persona. Los de la banda se arrebujaaron en sus mantas y Ricardo se tendió en el suelo. No tardaron en dormirse todos, excepto este último que, volviéndose de tiempo en tiempo, como si su sueño fuese poco tranquilo, fué alejándose gradualmente de los desconocidos y acercándose á su caballo. El centinela no debió advertir sus movimientos. Ricardo llegó al fin junto á su cabalgadura, la desató, y montó en ella de un salto. Antes que los aventureros pudieran darse cuenta de lo ocurrido, perdíase ya en la obscuridad y galopaba á rienda suelta, sin hacer caso de los gritos de los desconocidos, que, al verse burlados, partieron furiosos en su seguimiento. No lograron darle alcance, sin embargo, y una hora después entraba Ricardo en su casa, felicitándose de veras por haberse librado al fin de tan enojosa compañía.

LIBRADA DE UN TORO

—No tiene alientos, ni decisión, ni nada que valga—decía Claudio.—Y eso que es mucho más alto que yo. ¡Bah! ¡Mucho cuerpo, mucha facha, y... mucho miedo! ¡Pero si es más nervioso que una niña!

—Yo no sé si tiene decisión ó no—contestó Elenita, roja de indignación;—pero lo que puedo decir es que el otro día, cuando encontramos las vacas, él se puso á mi lado mientras pasaban cerca de mí, y tú y Aurelio, con tanto reirse de él, salieron corriendo.

—¡Y crees tú que huímos porque nos asustaban las vacas?—replicó su hermanito.—¡Estaría bueno que nos asustase tan poca cosa! ¡Arturo sí que es tan imbécil que se quedó á tu lado por alardear de un valor que no tiene!

—¡No es cierto!—repuso Elenita.—Arturo me dijo que siempre le daban miedo las vacas; así que comprenderás que no se quedó á mi lado para hacer alarde de nada. Se quedó porque es más amable que ustedes.

—¡Lo ves!—exclamó Claudio, con aires de triunfador.—¡Si ya sabía yo que es un cobarde! ¡Con qué ganas se va á reir Aurelio cuando le cuente eso!

Claudio echó á correr riendo á carcajadas. Dejó á su hermanita bañada en lágrimas y protestando contra la injusticia de

los escolares en general y contra la de Claudio y Aurelio en particular.

Arturo era nuevo en el colegio. De complexión delicada, convaleciente todavía de una grave y larguísima enfermedad, debilitado su organismo por efecto de un desarrollo físico prematuro, habíanle enviado sus padres al colegio en que se educaba Claudio. Pronto simpatizó con éste, y por mediación de él, con su hermana Elenita. Ocurrió, sin embargo, un fenómeno muy



La asió de la mano y siguió corriendo á su lado... (Pág. 58.)

particular. A medida que iba arraigándose el cariño entre Elenita y Arturo, Claudio, que en los primeros días había sido un paladín entusiasta del recién llegado, le demostraba una frialdad que rayaba en los límites de la ofensa, fenómeno al cual no era ajena seguramente la influencia de Aurelio.

Este caballerito no era ningún Adonis; antes al contrario, Elenita afirmaba clara y rotundamente que era horroroso; pero, en cambio, su verbosidad era mucha, y el relato flúido de las hazañas que había hecho ó pensaba hacer, relato con que obsequiaba á todas horas á Claudio, que dicho sea de paso era muy simplote, habíale granjeado la admiración de éste último. Aurelio aborrecía cordialmente á Arturo, sobre todo desde una vez que éste le había demostrado con pruebas palpables que exageraba el relato de sus portentosas hazañas, ofensa que el jactancioso narrador no podía dar al olvido. Para vengarse, pro-

curó enemistar á Claudio con Arturo, y como acabamos de ver, había visto logrado su censurable propósito. En cambio, Elenita estaba tan segura de su nuevo amigo que nada, ni nadie, consiguió conmover la firmeza de su simpatía, con doble motivo después de haber visto su actitud en ocasión de la aventura de las vacas, ocurrida dos días antes, actitud muy diferente de la de los bravos Claudio y Aurelio, que habían puesto pies en polvorosa.

Claudio se apresuró á referir á su amigo Aurelio la historia del respeto que á Arturo inspiraba el ganado y tuvo buen cuidado de propalar la historia en el colegio. De modo que Arturo debió soportar las cuchufletas de sus compañeros; pero las recibió sonriente, con terrible desencanto para Aurelio.

El sábado siguiente, en momentos en que Arturo cruzaba un campo inmediato á la casa del señor Ramírez oyó gritos desgarradores de personas que pedían auxilio, y alzando la vista vió tres bultos pequeños corriendo á más no poder, perseguidos por un toro furioso. Los dos que venían delante eran Claudio y Aurelio, y el último, bastante rezagado, y amenazado seriamente por el enfurecido animal, era Elenita.

Arturo salió presuroso al encuentro de Elenita, que corría desalada, jadeante, y presa de un terror pánico. La asió de la mano y siguió corriendo á su lado, pero no tardó en darse cuenta de que su aterrorizada compañera no iba á poder saltar la valla que cercaba el campo en que se encontraban, antes que la alcanzara el toro.

Soltó la mano de Elenita, le recomendó que siguiera corriendo, y, entretanto se quitó la chaqueta y salió al paso al terrible enemigo. Este, que avanzaba dando resoplidos y escarbando la tierra, se precipitó ciego sobre el muchacho que le presentaba la chaqueta, y metió en ella sus cuernos. Merced á un movimiento habilísimo de Arturo, movimiento que demostró la serenidad y sangre fría del improvisado torero, la chaqueta quedó colgada de los cuernos, cegando por completo al animal.

El toro tuvo que detenerse entonces un momento, que aprovechó Arturo para correr á alcanzar á Elenita, y arrastrándola consigo pudo salvar con ella la valla protectora, en el momento mismo en que el toro conseguía verse libre del estorbo que le había obligado á detenerse.

El peligro había desaparecido por completo, y Elenita, medio desmayada, rompió á llorar. Claudio y Aurelio estaban esperando (huelga decir que al otro lado de la valla, donde no había peligro), y el primero se disponía á reprender á su hermanita por no haber corrido más á prisa, cuando sonó á sus espal-



...se precipitó sobre el muchacho que le presentaba la chaqueta... (Pág. 38.)

das el duro acento de una voz que lo dejó mudo y abochornado. Era la del director del colegio, que había presenciado la escena.

Ni Claudio ni Aurelio olvidaron nunca las verdades amargas que oyeron entonces, ni Arturo la confusión que le causaron las frases de encomio que tuvo para él el director, frases que, en su modestia, creyó no merecer. Elenita compartió la opinión del director, y cuando los niños del colegio tuvieron noticia de lo sucedido convinieron en que Arturo era un muchacho valiente, digno del respeto y del cariño de todos.

CÓMO SUBÍ A LA VELETA DEL CAMPANARIO

Han pasados muchos años desde que ocurrió el suceso que voy á referir, como que sucedió en los últimos días del siglo anterior. Estaba yo interno en un colegio, en uno de esos centros de educación que se han hecho de moda, en los cuales se enseña mucha «disciplina» y pocos conocimientos útiles. Nuestra indumentaria, sujeta, ¿cómo no? á las inflexibles leyes de uniformidad del colegio, era tan lujosa como extravagante. Calzón corto, una chaqueta con pretensiones de frac, y uno de esos sombreros que siempre me han parecido más propios para concertinas que para cubre-cabezas. Mentiría si afirmase que lo pasábamos mal en el colegio; no me cabe duda de que proporcionábamos más de un quebradero de cabeza á nuestro digno director y á su respetable señora. Por aquel tiempo, no pensaba yo más que en hacer diabluras, pero creo que la peor de las que llevé á cabo, que no fueron pocas, y la que mayores dificultades opuso á dejarme salir airoso, fué la del campanario.

Todos los domingos solía el buen director llevarnos á la iglesia, para oír misa y escuchar las exhortaciones del párroco, que nos entraban por un oído y nos salían por el otro. Pues bien: el día que ocurrió la aventura que voy á referir aconteció que yo estaba sentado en el extremo del banco más inmediato á la puerta; ese día era espléndido, y el augusto y severo ambiente del templo me pareció más fastidioso que de ordinario. Desde el lugar que ocupaba podía ver la alegre luz del sol, las copas de algunos árboles moviéndose pausadamente mecidas por el viento, y, á lo lejos, las azuladas aguas del mar. Pensando en lo delicioso que sería pasear al aire libre, vagaba mi imaginación por las calles y los campos, cuando me fijé en el viejo per-

tiguero, que estaba sentado junto á la puerta de la iglesia, con la cabeza doblada sobre el pecho, cerrados los ojos y no sé si dormido; pero la verdad es que dejaba escapar un sonido particular que á mí me parecían ser ronquidos.

Apoderóse de mí el espíritu del mal, y levantándome cautelosamente del banco, me escurrí sin hacer ruido hasta la puerta que conducía al campanario. Por desgracia, al cerrarse nuevamente la puerta tropezó con los pies del pertiguero, haciéndolo despertar sobresaltado. Dirigió el hombre sus miradas á la escalera, me vió, y echó á correr en mi seguimiento.. Pero

yo había tomado el primer impulso en la carrera de aventuras y no era empresa fácil obligarme á retroceder. Además, no me cabía duda de que, si deshacía el camino andado, caería en manos del pertiguero, perspectiva que no me halagaba, como adivinarán ustedes. Sin vacilar un momento seguí escaleras arriba, y no paré hasta que hube llegado al lugar donde estaban las campanas. Allí principiaron mis verdaderos apuros. No podía seguir subiendo, y el único camino para salir de allí era bajar la estrecha escalera que acababa de subir, y que continuaba obstruída por el implacable pertiguero, al que oía resollar como si su pecho se hubiera convertido en tremenda fragua.

Desesperado, miré á mi alrededor y vi una ventana baja. Fué para mí obra de un momento meterme por ella, y antes de dos segundos me encontraba fuera, apoyando los pies en las salientes de la torre, libre de la persecución del pertiguero.



...alargué una de mis piernas... (Pág. 42).

No bien hube desaparecido, cuando llegó el viejo, que se quedó como de piedra al encontrar vacía la estancia. La recorrió con ojos de asombro, escudriñó todos los rincones, asomó la cabeza por la ventana que yo había utilizado para mi evasión, y después de murmurar entre dientes «pues, señor, no lo entiendo», se marchó escalera abajo. Me sentí libre entonces, pero, comprendiendo que mi libertad no duraría mucho tiempo, resolví aprovecharla. Me había trepado á la cornisa que coronaba los ventanales de las campanas y estaba sentado tranquilamente en su borde. Junto á mí arrancaba el último cuerpo de la torre, el capitel del campanario, que remataba en un orgulloso gallo erguido sobre la veleta. ¿Por qué no llegar hasta él? Sin pensarlo dos veces, principié á trepar por la pizarra hasta que conseguí abrazar la base de la veleta, y entonces me fué sumamente fácil llegar hasta el mismísimo gallo y tender mis miradas por el campo. La vista que desde aquella altura se dominaba era realmente soberbia. A mis pies se extendía la población, cuyas calles parecían hilos, y hormigas las personas que por ellas transitaban. A lo lejos, anclados en el puerto, divisaba innumerables barcos que como graciosas gaviotas, se mecían gallardamente; pero, cuando se hubo disipado un poco el arrobamiento que me causaba tan encantador panorama, penetró en mi mente un pensamiento que me hizo estremecer: ¿cómo iba á bajar? Pocas dificultades había tenido el ascenso, pero tan obscura se me hacía la manera de deshacer lo hecho, que, á la verdad, no sabía ni cómo principiar. ¿Me dejaría resbalar por la pizarra, confiando mi salvación en alguna saliente que ofreciese apoyo á mis pies al llegar á la cornisa? ¿Y si no tropezaba con la saliente protectora? ¡Caería desde una altura inmensa, y mi pobre cuerpo rebotaría por tejados y paredones para caer aplastado en la calle! Sólo el pensar en tan espantosa contingencia bastó para hacerme cerrar los ojos y asirme con mayor fuerza al gallo de la veleta. ¡No, no! Semejante plan era irrealizable. Pero, ¿de qué manera salir del apuro? ¿Quedaba, acaso, otro recurso? Adoptando precauciones infinitas alargué una de mis piernas y con el taco del botín golpeé vigorosamente las pizarras por si conseguía romperlas, en cuyo caso no hubiera sido imposible realizar el descenso hincando en ellas manos y rodillas; pero las pizarras resistieron todos mis golpes, y fuerza me fué abandonar ese plan por imposible.

No me quedaba más recurso que esperar que llegara alguien en mi auxilio; pero empezaba á sentirme entumecido, mis fuerzas decaían, me abandonaba el valor, y toda vez que dirigía

mis miradas á la calle, me parecía que el mundo giraba vertiginosamente en torno mío. Y acabé por convencerme de que aquella situación no podría prolongarse mucho.

La última vez que miré á la calle me pareció ver grupos de personas que me señalaban con la mano, y hasta llegó á mis oídos un confuso rumor de voces y gritos.

Poco después sentí, presa de la mayor alegría que he tenido en mi vida, pasos de personas que subían precipitadamente al campanario, seguidos de una voz que sonó en mis oídos como música deliciosísima.

—¡Aguanta un momento más, muchacho, y te bajaremos!

—¡Oh, dense prisa, por favor!—contesté, muerto de miedo.

Repitiéronse las voces, mezcladas con gritos de alarma, y tal era mi confusión, y tan atento estaba yo á mantenerme abrazado á la veleta, que no ví cómo se preparaba el salvamento. Parece que colocaron una escalera de mano en la ventana por donde yo había salido, y que por esa escalera subió un hombre. Yo lo oía cerca de mí, pero no me atrevía á mirarlo. Desde el sitio en que estaba entonces, mi salvador no podía llegar hasta mí.

Ignoro, en fin, cómo se realizó el salvamento. Sólo recuerdo, y muy vagamente, como si en sueños me hubiese ocurrido eso, que mi salvador parecía buscar en su imaginación algún medio de llegar hasta mi persona, que desapareció la luz de mis ojos, que se desprendieron mis brazos, y que perdí la noción de la existencia.

Cuando volví en mí, me encontré en el interior del campanario junto al médico que me miraba muy serio. Parece que caí rodando de la veleta, y que mi salvador acertó á atraparme, aunque con mucha dificultad, al pasar como una pelota por su lado.

No bien se me pasó el susto, tuve que sufrir severa reprensión aplicada por el director, no con la lengua, sino con las manos, lo que me hizo perder para siempre la afición á trepar á las veletas de los campanarios, y que contribuyó no poco á que, en lo sucesivo, escuchase con más atención las exhortaciones del párroco.

SALVADO POR MILAGRO

Aquiles Vicente era un joven de diez y ocho años de edad, atolondrado y audaz, que en cuanto salía de un lío se metía en otro, hasta que al fin, hará de ello algunos años, estando en el

sur de Francia, no lejos de Monte Carlo, se vió en un enredo del cual salió también, mas no sin verse más que medianamente comprometido.

En compañía de su padre y de algunos amigos estaba viajando por el Mediterráneo á bordo de un yate, que hacía escalas en uno que otro puerto de la costa. Aquiles no cabía de satisfacción en su pellejo, siempre estaba dispuesto á tomar parte en todas las aventuras, de cualquier clase que fuesen, y, no es extraño, por tanto, que, cuando su tío propuso un desembarco para dar una vueltita por tierra, acogiese la idea con entusiasmo.

El lugar era encantador. Una bahía inmensa, perfectamente abrigada, encuadrada por el verdor de extensísimos bosques que hacían resaltar el azul puro de sus profundas aguas; infinidad de casas de campo blancas como la nieve, diseminadas por la colina, y allá, en el fondo de la bahía, un fuerte castillo que daba frente al puerto y cuyas murallas y almenas parecían contemplar con ceñudo semblante un cielo sin nubes.

Aquiles y su tío pasaron alegremente la tarde, revoloteando por las calles de la coqueta ciudad, comprando curiosidades y fotografías, y rematando el paseo con una succulenta comida en el mejor hotel. Sentados en la terraza del restaurant tomaban una rica taza de café, mientras saboreaban el espectáculo de su yate meciéndose gallardamente en la bahía, cuando Aquiles dijo de pronto:

—¡Cómo contrasta con el aspecto risueño de este lugar la severidad de ese castillo! Me agradaría saber qué hay dentro de sus muros.

—¡Ah!—contestó el tío.—Poco más ó menos será como todos, pero no vayas á creer que basta que lo desees para que te permitan la entrada; en materia de castillos y obras defensivas, las autoridades suelen ser muy rigurosas en todos los países.

No contestó Aquiles, pero en su fuero interno resolvió visitar la fortaleza, costara lo que costase, á despecho de autoridades y centinelas y afrontando todas las consecuencias. ¡Cara debía pagar una resolución tan insensata!

A la caída de la tarde dejó á su tío, con no sé qué pretexto, diciéndole que volvería al yate, y el tío, que le consideraba bastante experto para poder andar solo, accedió á sus deseos.

Aquiles, en vez de encaminar sus pasos al puerto, tomó por el camino que conducía al castillo. No tardó en encontrarse frente á sus bien guardadas puertas y en divisar á los centinelas que, arma al brazo, ora paseaban, ora permanecían firmes; pero desde luego comprendió la inutilidad de intentar la entrada

por aquel punto. Permaneció tanto rato pensativo y dirigiendo miradas inquisitivas al amenazador edificio, que concluyó por llamar la atención á uno de los centinelas, á quien hubo de parecer extraña la permanencia de un joven en aquel paraje, solo y á una hora tan avanzada ; pues había cerrado ya la noche y todo aparecía envuelto en la obscuridad, salvo durante los breves intervalos en que la luna, al pasar por entre las innumerables nubes que empañaban el firmamento, enviaba á la tierra los rayos de su luz pálida.

Observó Aquiles que había despertado sospechas su permanencia en aquel lugar, y se alejó entonces, no para dirigirse al puerto, pues no era hombre que renunciase con facilidad á sus propósitos, sino para merodear en torno del castillo, por si la casualidad le deparaba algún medio de realizar su anhelo. Ya principiaba á perder la esperanza cuando oyó el rodar de un vehículo, y volviendo la cabeza vió un pesadísimo carro que por el camino avanzaba lentamente en dirección al castillo. Lo dejó pasar, y colocándose á su retaguardia echó á andar sin hacer ruido, procurando no salir de la sombra que el carro proyectaba. De pronto hizo alto ; había llegado frente á la entrada del castillo. Aquiles permaneció en la sombra, oyó que los centinelas cambiaban algunas palabras con los carreros, palabras que debían ser el santo y seña, y momentos después se abrían de par en par las descomunales puertas. ¡ La casualidad se declaraba en su favor ! Casi formando un cuerpo con el carro, Aquiles pasó entre los centinelas sin que lo viesen.

Con gran estrépito volvieron á cerrarse las puertas. Aquiles veía logrado su afán ; ya estaba dentro de la fortaleza... Pero si difícil había sido la entrada, ¿ no lo sería más la salida ? Habría sido una candidez imperdonable en Aquiles esperar que iba á pasar mucho tiempo inadvertido, pues, con seguridad, en cuanto principiase la operación de descargar el carro lo descubrirían sin remedio. La perspectiva de las consecuencias que su osadía podía acarrearle ño era muy halagüeña, y Aquiles principió á arrepentirse de veras de su necia acción. El carro, después de rodar breves momentos por un patio se detuvo. Uno de los carreros volvió sobre sus pasos encaminándose á la puerta. Debíó haber dejado algo fuera, puesto que Aquiles observó, con no poca alegría, que volvían á abrirse las puertas. El atolondrado joven tardó muy poco en adoptar una resolución, tan descabellada como la anterior. Antes que los centinelas pudieran darse cuenta de nada, cruzaba como un rayo por entre ellos y se alejaba á todo correr por el camino.



Llegaron á sus oídos amenazadoras voces de ¡alto!, gritos y exclamaciones, seguidas de cerca por el rumor del galope de varios caballos. Corría Aquiles con todas sus fuerzas, pero fácil es comprender que el corredor más veloz y resistente no puede competir con el caballo, y como era de esperar, uno de los jinetes iba acortando por momentos, de una manera alarmante, la distancia que lo separaba del fugitivo.

Flanqueaba el camino un muro de poca elevación cuya base bañaba el mar. En aquella parte, la diferencia de nivel entre el camino y el mar sería de unos diez pies, que iba reduciéndose á medida que se avanzaba, hasta que, al llegar á cierto punto no había entre uno y otro más diferencia, ni más línea divisoria, que el muro, que como acabo de decir, era muy bajo.

A media milla de distancia reflejábanse en las oscuras aguas de la bahía los blancos perfiles del gallardo yate, que la luna bañaba de lleno. Aquiles no veía más que un medio de salvación... ganar el yate á nado. Su perseguidor se le venía encima

sus intimaciones de ¡alto!, sus voces imperativas de que se entregase, sonaban cada vez más cerca en sus oídos... Aquiles hizo acopio de fuerzas, se encaramó sobre el muro, y sin pensarlo dos veces, se lanzó al mar.

Por fortuna para él, una nube interceptó en aquel momento los rayos de la luna. Aquiles subió á la superficie, y cuando hubo recobrado el aliento se puso á nadar con todas sus fuerzas en dirección al yate. Nadador experto y vigoroso, pronto puso una distancia respetable entre él y sus perseguidores. No se libró, sin embargo, de la sensación poco agradable que causan las balas al zumar junto á los oídos de uno.

Fácil es formarse idea de la sorpresa del tío al ver llegar al costado del yate y trepar por la escalera á su sobrino, poco antes vestido irreprochablemente, y entonces con las ropas empapadas y sucias, sin fuerzas, y necesitado, al parecer, de estimulantes y de cama.

Aquiles explicó lo ocurrido, y todos los de á bordo consideraron conveniente levar anclas y desaparecer en seguida, si querían evitarse complicaciones enojosas con las autoridades militares del país.

Los perseguidores de Aquiles se quedaron á obscuras con respecto á la suerte corrida por el «espía»; supusieron que había perecido ahogado, aunque no lograron dar nunca con su cadáver.

POR LOS AIRES CON UN LEOPARDO

—¡Pasaré por encima de todo! ¿Qué me importan las órdenes de ese viejo insípido? ¡Valiente caso hago yo de sus majaderías!

El que acababa de pronunciar estas palabras se metió ambas manos en los bolsillos del pantalón, y se puso á silbar con expresión impertinente una alegre tonadilla, ni más ni menos como si en el mundo no hubiese directores de colegio ni reglamentos.

Toda la perturbación reinante entonces en el colegio había sido producida por la llegada á la población inmediata de un circo trashumante. Los colegiales habíanse forjado la idea de asistir á él, pero á última hora el director del establecimiento había prohibido no sólo la asistencia al circo sino también el acceso á la población, mientras éste funcionase.

De buen ó mal grado, los colegiales acataron esa disposición, todos menos Jorge Falcón, que era el que había lanzado las palabras de reto que hemos transcrito. Jorge era precisamente un

entusiasta admirador de las fieras, y en los prospectos que los directores del circo repartían había visto mencionada «una colección de fieras nunca vista, en la cual figuran varios soberanos del reino animal, tal como existían en sus selvas nativas.»

Nadie hizo caso de las palabras sediciosas de Jorge, pues nadie sospechaba que la osadía de éste podía llegar hasta el punto de hacerle cometer una acción terminantemente vedada por el director; pero lo cierto es que Jorge era un joven terco, que, una vez resuelto á hacer una cosa, fuera cual fuese, no desistía fácilmente de su propósito.

El jueves siguiente á ese día, mientras los colegiales, aprovechando la media fiesta, corrían en su mayor parte al campo de football, Jorge devoraba distancias por el camino que llevaba á la población inmediata. Corrió sin tomar aliento hasta que se creyó á cubierto de toda persecución, pues desde luego pensó que podía descubrirse inmediatamente su escapatoria, y después acortó el paso, entrando en la ciudad á poco de haber sonado las tres de la tarde.

Con pocas dificultades tropezó Jorge para dar con el circo, que había sido instalado en las afueras, pues el pueblo en masa marchaba en esa dirección. Después de comprar la entrada, fué en derechura al lugar donde estaba la colección de fieras, sin que mereciera una sola mirada suya el globo que, repleto de gas, se preparaba á subir por los aires, mientras el aeronauta no cesaba de invitar á los espectadores á entrar en la barquilla por la insignificante suma de cincuenta centavos.

Jorge contempló las jaulas con sorpresa y disgusto. ¿Eran aquellos «los soberanos del reino animal, tal como existen en sus selvas nativas»? Había allí un tigre deprimido y humillado, un león sarnoso, aburrido, cansado de la vida, un leopardo ridículo, y algunos lobos y zorras de lo más vulgar. La cacareada colección del circo se reducía á eso, y, á decir verdad, no valía ni la pena de dar dos pasos para verla. Las demás novedades corrían parejas con ésa; hombres héroes (según el prospecto), mujeres barbudas, perros acróbatas... por cierto que uno de éstos tenía una expresión tan abatida que parecía decir: «¿Por qué se toman ustedes la molestia de venir á visitarnos, tontos? ¡No somos nada extraordinario! ¡Lárguense de aquí y déjenos en paz!» Jorge lo recorrió todo, mustio y enfadado al mismo tiempo. Casi se había decidido ya á volver al colegio para sufrir resignado el castigo que debía estar esperándolo, cuando llamaron su atención clamorosas voces de alarma que sonaban á sus espaldas.

Volvió rápidamente la cabeza, encontrándose con un espectáculo extraño. El leopardo se había escapado de la jaula y corría en dirección á él, con los pelos erizados y los ojos relampagueantes. Todo el mundo huía, todos se atropellaban, todos buscaban un sitio que les pusiera á cubierto del ataque de la fiera, y huelga decir que Jorge Falcón no titubeó un momento en imitar el ejemplo general.

En los primeros instantes, el leopardo se quedó como aturdido al verse en libertad, pero en seguida pareció fijarse en Jorge, lo tomó como el objeto más indicado para ensayar la fuerza de sus garras y dientes, y se lanzó hacia él, recto como una flecha. Corrió Jorge como nunca había corrido. No veía nada que pudiera servirle de defensa, ó, mejor dicho, su estado de ánimo no le permitía fijar su atención en nada. Al fin vió el globo, inflado por completo y en disposición de partir. El aeronauta, los espectadores y los encargados de sujetar las cuerdas emprendieron la fuga presa de terror pánico al ver al leopardo, y Jorge, sin vacilar un momento, saltó dentro de la barquilla en el preciso instante en que el globo, libre de las cuerdas que lo retenían, se alzaba lenta y majestuosamente. No quiso ser menos el leopardo, y, dando un salto poderoso, hincó sus uñas en el borde de la barquilla de la que se prendió fuertemente.

La situación de Jorge era bastante comprometida. El globo continuaba subiendo, y el improvisado aeronauta procuró alejarse cuanto le fué posible de su enemigo, acurrucándose en el rincón opuesto de la barquilla. En tierra, los espectadores horrorizados gritaban dándole consejos que no podía oír. Entretanto, á medida que el globo se elevaba, crecía el pánico del leopardo... seguramente poco acostumbrado á ascensiones aéreas. Apagóse su expresión de cólera y la reemplazó la de un miedo de los más abyectos; quiso asirse mejor á la barquilla, y, al acentuarse las sacudidas de ésta, aulló lastimeramente; acabó por perder el equilibrio y cayó en el vacío, dando volteretas, hasta estrellarse contra el suelo.

Jorge se vió así libre de un peligro, pero quedaba aún otro, no menos terrible. El globo subía entonces con mayor rapidez que antes, sin que su tripulante conociera los medios de detenerlo. Pasado el terror que la compañía del leopardo le había causado, principió á sentir vértigos. El instinto de la conservación le hizo recordar algo que en una ocasión había leído sobre las válvulas de que los globos suelen estar provistos; entonces vió cerca de su mano una cuerda, tiró de ella, y el globo empezó á descender, primero lentamente y después de una ma-



...y dando un salto poderoso, hincó sus uñas en el borde
de la barquilla... (Pág. 49.)

nera vertiginosa. No pudiendo moderar la violencia de la caída, chocó violentamente contra el suelo, de donde fué recogido sin sentido y con una pierna quebrada.

Tal fué la lamentable historia que se apresuraron á comunicar al director del colegio. Considerándose castigo suficiente el accidente que había sufrido Jorge y la larga enfermedad que le retuvo en cama varias semanas, no se tomó con él medida alguna ; pero ninguno de sus condiscípulos manifestó en lo sucesivo deseos de asistir á los espectáculos del circo.

UNA AVENTURA PELIGROSA

Tres son los héroes de esta historia ; Manolita, Ernesto y Mosquita. Ya comprenderán ustedes que este último no era el nombre verdadero de la niña, pues se llamaba Luisa, pero siempre le decían Mosquita, y Mosquita le diremos nosotros.

Estaban pasando los tres la estación veraniega en la orilla del mar, entretenidos en coleccionar caparazones de mariscos, en trepar por las rocas durante la baja mar, en construir fantásticas casas de arena y en mil otras cosas que los distraían sobremanera. Pero una vez corrieron una aventura que les resultó más peliaguda de lo que esperaban. Lo que les pasó fué esto :

Cansados una tarde de coleccionar mariscos, y como no podían trepar por las rocas, porque había subido la marea, ni construir casas que las olas se encargaban de barrer apenas principiadas, se sentaron á la sombra de un alto peñasco escarpado, casi cortado á pique, sin saber qué hacer para distraerse. Una observación casual de Mosquita fué la causa de todo. Vió un jacinto en una grieta del risco, y exclamó :

—¡ Una flor ! ¡ Qué linda ! ¡ Me gustaría tenerla !

Manolita alzó sus miradas hacia la flor ; la contempló un buen rato, y, sintiendo germinar en su mente una idea feliz, dijo :

—¡ Por qué no escalamos el risco ? Yo creo que la cosa no puede ser más sencilla. ¡ Una idea ! ¡ Subamos todos, cada cual por un sitio distinto, y veamos quién llega antes á la cima ! Por mi parte, yo sé qué camino voy á tomar, pero no lo sabrán ustedes sino después.

Ernesto y Mosquita acogieron entusiasmados la proposición. Todos eran aficionados á trepar, y el risco que se alzaba frente á ellos no parecía ofrecer grandes dificultades. Precisamente había en él bastantes salientes y hendiduras, rebordes, ramas de arbustos y raíces de árboles donde poder asirse. Decididos á llevar á cabo la aventura, reconocieron cuidadosamente el terreno con objeto de escoger el sitio más favorable para iniciar la ascensión. Luego, cada cual se plantó frente á su respectivo puesto, á la espera de la señal de partir, que no tardó en darse.

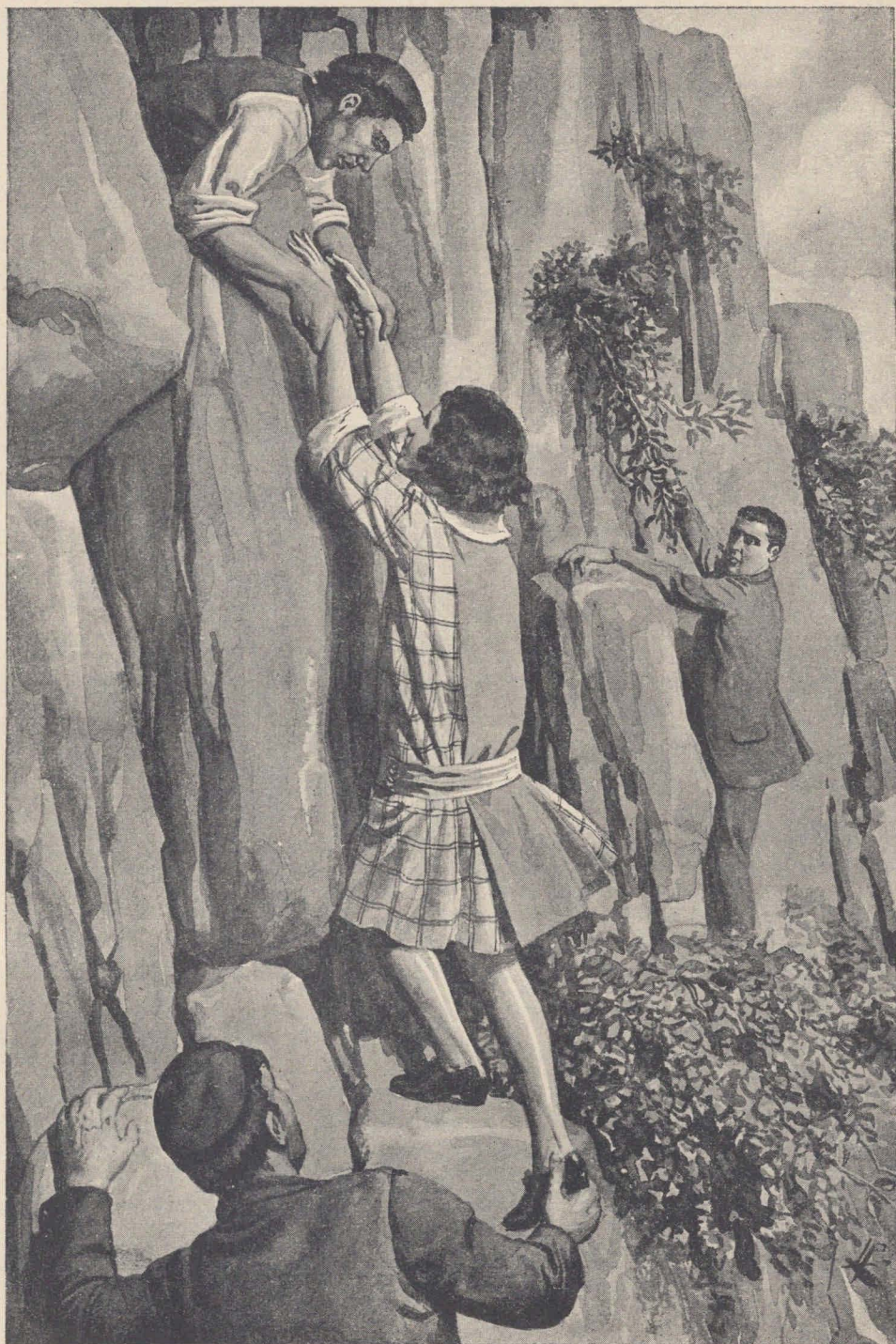
Mosquita emprendió la ascensión con decisión varonil. Felicitábase interiormente, por haber elegido un camino tan favo-

nable, y tenía la seguridad de llegar á la cima antes que cualquiera de los otros. Poco rato tardó en salvar la mitad del farallón, y allí se detuvo un instante para tomar aliento. Apoyaba sus pies sobre un reborde de la roca cubierta de fina hierba, y sobre su cabeza había visto una protuberancia bastante marcada merced á la cual podría alcanzar sin dificultad unas raíces que la llevarían muy cerca de la suspirada cumbre. Después de descansar un par de minutos, consiguió colocarse, no sin que le costase eso más esfuerzo del que había imaginado, sobre la protuberancia; asíó entonces las raíces, hizo fuerza para seguir subiendo, y ¡horror! cedió el soporte y por poco se despeñó Mosquita. El accidente la descorazonó no poco, y al mirar á su alrededor vió que no había medio de concluir la ascensión desde el momento que había fallado el punto de apoyo que había creído encontrar en las raíces. Fuerza era desandar el camino hecho y buscar otro más practicable, pero... una cosa es trazar un plan, y otra ponerlo en ejecución. La protuberancia en que se encontraba era apenas suficiente para servir de base á sus pies, pero no dejaba espacio para darse vuelta sobre ella, ni mucho menos para sentarse.

La situación de Mosquita no era nada halagüeña. Sin medios para subir, é imposibilitada para bajar, llamó á Manolita y á Ernesto, pero no tuvo respuesta. ¿Mirar abajo? ¡Ni por pienso! La última vez que se atrevió á hacerlo había visto las aguas del mar azotando con fuerza las rocas; de tiempo en tiempo llegaban hasta allí las olas, y se doblaban y arremolinaban haciendo un ruido que infundía no poco terror á Mosquita.

No era mucho más feliz la situación de Manolita y de Ernesto. También habían empezado los dos con muchos bríos y habían adelantado no poco en su camino, pero á medida que subían iban encontrando dificultades más grandes de las que habían supuesto. Los rebordes de la roca resultaban estrechos y resbaladizos, la tierra tenía una marcada tendencia á desmoronarse, y las ramas y raíces, que de abajo parecían brindar inmejorable asidero, las más de las veces demostraban ser más perjudiciales que útiles. Ellos también llegaron á un punto en el que tuvieron que detenerse, sin medios para subir, é imposibilitados para bajar. Tenían, empero, á su favor una ventaja, y es que podían verse y dirigirse palabras de aliento y esperanza; pero de todos modos distaba mucho de ser envidiable su situación.

Gritaron hasta quedarse roncacos, y al fin, cuando empezaba á hacer presa de ellos la desesperación vieron, con gran alegría, que en lo alto del farallón asomaba una cabeza.



...colocando la mano de modo que pudiera apoyar en ella sus pies... (Pág. 54.)



...descolgaron desde arriba un palo sujeto á una fuerte sogá...

rigiéndose hacia los dos niños. Socorrió primero á Manolita. Unas veces sosteniéndola con el hombro, otras colocando la mano de modo que pudiera apoyar en ella sus pies, la fué subiendo cada vez más hasta que los que esperaban en la cumbre pudieron asirla de la mano. El resto fué, como quien dice, coser y cantar. En cuanto á Ernesto, descolgaron desde arriba un palo sujeto á una fuerte sogá, lo pusieron al alcance de su mano, y momentos después ese ascensionista estaba también fuera de peligro.

Muchísimo más difícil fué el salvamento de la pobre Mosqui-

—¡Eh!—gritó una voz áspera.
—¿Quién anda por ahí?

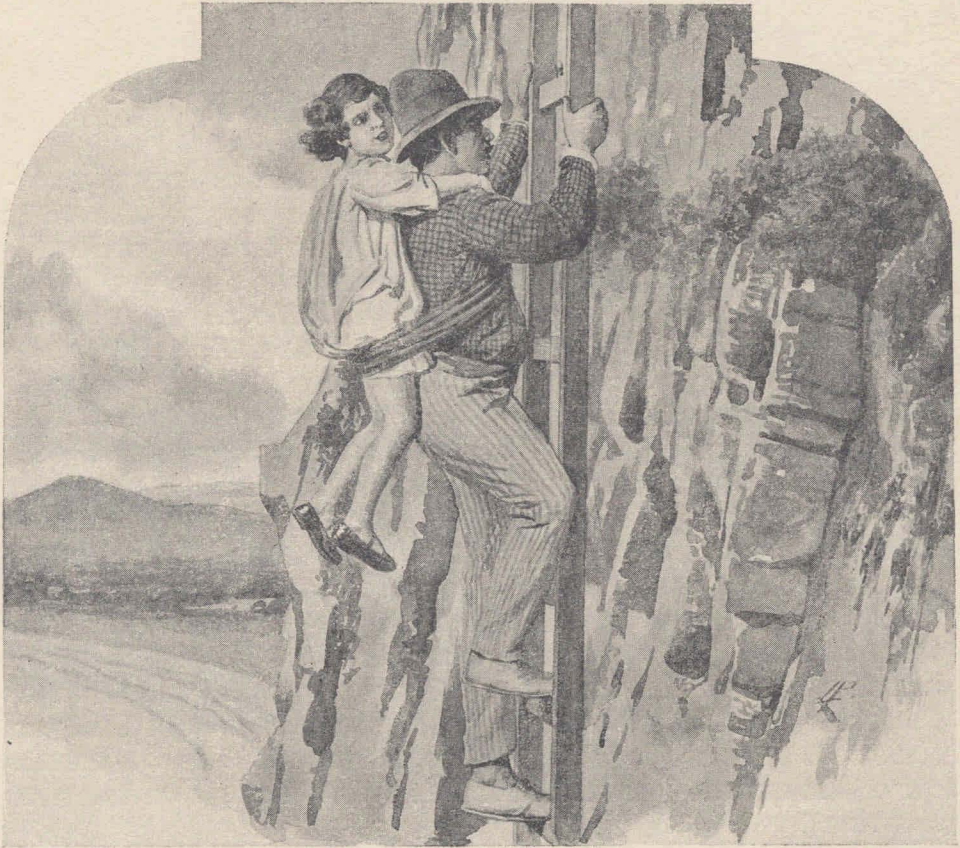
—¡Nosotros!
—contestó Ernesto.—¡Nosotros, que hemos subido y no podemos bajar!

Apareció otra cabeza, y los dueños de ambas celebraron breve consulta.

—¡Hay otra, además de nosotros dos!—volvió á gritar Ernesto.

Nuevas consultas y desaparición de las cabezas.

Después de interminables momentos de espera, apareció uno de los hombres en la base del risco y principió su ascensión di-



Sujetó sólidamente á su espalda á la niña.

ta. Esta había tenido que estar tanto tiempo en una posición violenta, que se encontraba en la imposibilidad absoluta de hacer nada por sí misma. En consecuencia, fuerza era renunciar al plan de izarla por medio de la soga ó de auxiliarla para que siguiera subiendo. Estudiada la situación, al fin se halló un medio de salir del apuro. Descolgaron una escalera de mano desde la cima del farallón, y por ella bajó uno de los salvadores hasta la protuberancia en que se encontraba Mosquita. Sujetó sólidamente á su espalda á la niña, y en esa forma la llevó sana y salva á la cima.

Es de presumir que pasarán muchos años antes que vuelva á despertarse en los tres niños la afición á trepar á la cima de los farallones.

NUESTRA AVENTURA

Casi estoy por decir que la culpa fué de Alicia, pues la verdad es que, si ella no se hubiera empeñado esa mañana en ir con nosotros, todo habría salido á pedir de boca, ó por lo menos, Cirilo no se habría puesto tan malhumorado y gruñón, se habría distraído menos y no habría equivocado el camino; pero, ahora que recuerdo, la presencia de Alicia no podía influir nada sobre el tiempo, y precisamente lo que sacó de quicio y puso de un humor del diablo á Cirilo fueron la niebla y la lluvia. Pero creo que será mejor hacer á un lado los comentarios para ocuparnos de nuestra presentación, pues todavía no saben ustedes quién es el que está hablando.

Yo soy la persona más importante de la reunión, puesto que nací la primera, y me llamo Dorotea; después de mí está Beatriz, luego Cirilo, y por fin Alicia. No tengo para qué decir, pues seguramente lo habrán supuesto ustedes, que los cuatro somos hermanos. Alicia sólo tiene once años, y por eso la consideramos excesivamente niña para andar con nosotras, y aunque Cirilo no tiene más que un año y medio de ventaja sobre ella, la diferencia es tan grande que le dá derecho á tomar parte en nuestras empresas.

Solemos pasar las vacaciones en una quinta situada en un lugar verdaderamente encantador. Acostumbrados á corretear constantemente por los marjales, pronto adquirimos conocimientos suficientes para recorrer grandes distancias sin temor de extraviarnos, aunque debo hacer constar que es verdaderamente difícil dar con los senderos los días de niebla.

En la mañana á que me refiero, Beatriz, Cirilo y yo teníamos en proyecto una excursión que iba á durar el día entero. Rogamos á mamá que nos diese el desayuno temprano é hicimos promesa formal de estar de regreso á la hora de la comida. En el momento en que nos disponíamos á emprender la marcha, llegó Alicia diciendo que quería formar parte de la excursión, que éramos muy malos al pensar en salir sin ella, que ella sabía andar tan bien como nosotros; en una palabra, tanto se lamentó que, por no alterar la paz de la familia, accedimos á su demanda. Esto bastó para que Cirilo se pusiera malhumorado y gruñón, y hay que tener presente que los enfados de Cirilo duran muchas horas.

Recuerdo que mamá nos llamó y nos dijo :

—¿ No sería mejor llevar los impermeables ?

Tan hermoso estaba el día, que consideramos ridícula la idea de cargar con semejante estorbo.

—¡ No, no, mamá ! ¿ Para qué ?—contestamos todos en coro.

—Está muy bien—dijo la mamá riendo.—Si se mojan, cuidadito con echarme á mí la culpa.

El primer percance que nos ocurrió (salvo el humor insopor- table de Cirilo, que duró la mayor parte del día), fué la caída de Alicia en el río. Teníamos que cruzarlo saltando sobre unas piedras colocadas con ese objeto, y la chica resbaló en una de ellas y se puso como una sopa. Aunque dijo que era muy agradable sentir el agua dentro de los zapatos, creo no le hizo mucha gracia el remoión, pues cuando nos sentamos á almorzar, se quejó de tener fríos los pies, y quitándose los zapatos y las medias los puso á secar al sol. En aquellos momentos habíamos llegado ya á lo alto de la montaña, y Cirilo principiaba á mostrar mejor humor. Despachamos el almuerzo en un periquete, almuerzo que resultó escaso para el hambre que llevábamos, y no reservamos nada porque esperábamos estar de regreso en casa á la hora de la comida.

—¿ A dónde vamos ahora ?—pregunté cuando hubimos despachado el almuerzo y estuvimos en disposición de proseguir la marcha.

—Seguiremos el curso del río—contestó Cirilo,—y luego cruzaremos el bosque para salir al camino real.

Partimos sin dilación. Cosa que yo no podría asegurar es la de si el río á que se refería Cirilo estaba ó no por allí ; pero si estaba, no lo encontramos, lo que, para el caso, es lo mismo que si no hubiera estado. Si digo que no tropezamos más que con pantanos y más pantanos, sobre los cuales teníamos que andar á saltos buscando los manchones de hierba que ofrecían alguna resistencia á nuestros pies, sin dificultad comprenderán ustedes que, al cabo de una hora de tan fuerte ejercicio, nos sentíamos horriblemente cansados.

Dijo al fin Cirilo que lo mejor sería bajar por la falda de la colina y buscar el bosque que, con toda seguridad... veríamos en cuanto estuviésemos en la mitad del descenso ; y, en consecuencia, dimos media vuelta y nos aventuramos por el camino indicado.

—¡ Lluve !—exclamó de pronto Beatriz.—¡ Me ha caído una gota de agua !

—¡ Y otra á mí !—añadió Alicia.

—¡Qué lluvia ni qué lluvia!—tercié yo.—¡Es la despedida de la mañana.

Así solía llamar á la llovizna nuestra institutriz.

—¡Cómo es posible que sea la despedida de la mañana si estamos ya en la tarde?—objetó Beatriz.

Como yo tenía entonces ganas de disputar con Beatriz, y Beatriz las tenía siempre de disputar con cualquiera, emprendimos una discusión acalorada que se habría hecho interminable si no la hubiera puesto fin el tiempo, que indiscutiblemente se descomponía. Por la falda de la colina pasaban arrastrándose grandes masas de neblina y arreciaba la lluvia, una lluvia muy fina al principio, una de esas lluvias que pasa casi inadvertida y que, sin embargo, penetra hasta las carnes en menos que canta un gallo.

Caminábamos sin hablar palabra, cabizbajos, descorazonados, cada vez más empapados, cuando observé que Alicia se quedaba atrás. Todos suspirábamos por el bosque, que, según creíamos, no debía estar lejos, pero lo cierto es que el dichoso bosque no parecía por ninguna parte. Al fin Cirilo, que, como jefe de la expedición, marchaba en cabeza, gritó:

—¡Allá está el bosque! ¡Ya tenemos árboles donde guarecernos!

Apresuramos el paso, animados por la perspectiva del albergue salvador, tomando por un camino quebrado y lleno de baches, que parecía llevar al tan deseado bosque. Por mi parte, debo confesar que me era perfectamente desconocido el tal camino, que no recordaba haberlo visto nunca, no obstante la frecuencia con que había visitado el paraje; pero no dudé de que nos llevaría al bosque. Después de andar más de un cuarto de hora, aguantando la lluvia, calados hasta los huesos, perdidos de barro, tropezamos con la puerta que daba acceso al bosque, pero esa puerta estaba cerrada con un candado.

Un rayo que hubiera caído á nuestros pies no nos hubiese causado una impresión más desagradable. Frente á la puerta nos quedamos todos inmóviles, Cirilo mirándome á mí, yo mirando á Beatriz, y Alicia mirándonos á los tres.

—¡No es el bosque que buscábamos!—exclamó Cirilo en tono lúgubre.

Alicia rompió á llorar. Ahora bien; creo conveniente advertir que, cuando Alicia llora, no se anda por las ramas, y, por el contrario, abre el gran registro, grita con toda la fuerza de sus pulmones, da unos alaridos capaces de ensordecer á un artillero. Frente á la puerta nos quedamos inmóviles, como he dicho.



Frente á la puerta nos quedamos inmóviles, como he dicho, empapados... (Pág. 58).

empapados, hechos una verdadera calamidad, y por añadidura, aguantando la música poco armoniosa del llanto de Alicia; no podíamos ofrecer un espectáculo más lastimoso.

—Yo voy á saltar la cerca—dijo al cabo de un rato Beatriz. —¡Siempre se estará mejor debajo de los árboles!

Como, en realidad, ésa era la determinación más cuerda que podíamos tomar, seguimos todos su ejemplo, y momentos después nos encontrábamos al abrigo de los árboles, previo el correspondiente salto del obstáculo. Acababa Cirilo de sacarse los zapatos y las medias, porque, según dijo, no podía sufrir tanta mojadura, cuando llegó el guarda. Al vernos se puso furioso, tomándonos por vagabundos, y apenas habíamos conseguido convencerlo de lo que éramos en realidad, cuando oímos el rodar de un carruaje y vimos que por el camino venía un carruaje guiado por un caballero de ceñudo gesto.

—¿Qué significa esto, Luis?—dijo al guarda.—¡No quiero vagos en mi propiedad!

Convengo desde luego en que nuestro aspecto nos recomendaba poco, sobre todo el de Cirilo, con los pies descalzos, pero, con todo, no pude sufrir que nos llamasen vagos, y repliqué:

—Siento decir á usted, caballero, que el calificativo que acaba de emplear me parece una grosería imperdonable.

La cara del caballero reflejó profundo asombro; poco después el buen hombre rompió á reír, y cuando hubo oído la historia de nuestras desgracias se portó con extraordinaria amabilidad: nos hizo subir al coche, y nos llevó á su casa. Una vez en ella, nos proporcionó un baño de agua templada y nos hizo acostar, sin olvidarse de enviar un recado á mamá para hacerle saber que todos estábamos bien.

Aquí termina la aventura, cuyo fin afortunado, según lo ha manifestado más de una vez él mismo, se debió á la contestación atrevida que había dado yo al caballero.

HEROÍSMO DE ROBERTO

—El va-a-liiente mu-u-chacho no-o vaci-i-ló un mo-o-men-to-o, si-i-no que-e se la-anzó de-e ca-cabe-e-za al a-a-gua-a, asi-i-ó a-al ni-ño que-e se-e esta-a-ta-aba aho-gan-gando, y lo-o de-e-po-ositó sa-a-no y sa-al-vo e-en la o-ori-rilla.

En esta forma deletreaba Robertito, de pie frente á un cuadro, teniendo á su lado á un señor que con un puntero en la mano iba señalando las figuras, que, dicho sea de paso, honraban mucho al pintor, porque el niño «que se ahogaba» parecía tan tranquilo é indiferente como si ese percance le estuviese ocurriendo al vecino; lo que, sin embargo, no era un obstáculo para que Roberto dijera suspirando:

—¡Qué lindo!

Era Roberto un niño de pocos años, que vivía con sus padres en una callejuela sucia inmediata á los muelles, y que solía pasar las horas que le dejaban libres la escuela ó los quehaceres de la casa sentado junto al río, contemplando las embarcaciones de toda clase que surcaban su corriente. Aficionadísimo á la lectura, gustaba con preferencia de las historias de acciones heroicas, las que se referían á niños que se lanzaban á la vida del mar y se convertían, á la vuelta de pocos años, en afamados ca-

pitanes, ó las de los que encontraban tesoros ocultos en islas remotas y deshabitadas, ó las de caballeros que libertaban á damas tan hermosas como desventuradas, retenidas contra su voluntad por poderosos malandrines; y abrigaba la seguridad de que también él, Roberto Cañete, llegaría alguna vez á conseguir fama y distinción, á conquistar tan alto renombre que su patria se enorgullecería de haber sido su cuna, que no habría quien no considerase un honor regalarle cuanto tuviera... por ejemplo, Tomás López le daría el trompo sin exigir nada en cambio, como pretendía entonces... pues á los héroes todo el mundo les da lo que quieren.

La dificultad principal estaba en que se presentase la oportunidad de llevar á cabo una hazaña heroica. El no encontraba nunca niños ahogándose (afortunadamente para ellos, pues Roberto no sabía nadar), ni tenía noticia de señoras cautivas en poder de desaforados bandidos, ni de tesoros ocultos, ni de cosa parecida.

Como todo llega en este mundo, llegó también un momento en que el buen Roberto creyó ver la oportunidad por tanto tiempo esperada. Era una tarde de verano, y el héroe en cierne estaba sentado, como de costumbre, junto al lugar en que solían atracar las embarcaciones, cuando oyó una conversación que sostenía el patrón del *Paulina*, que acababa de llegar, con el de la *Enriqueta*, que se disponía á salir entonces.

—¿Cuándo largas, Guillermo?—preguntó el patrón del *Paulina*.

—A las siete—contestó el interpelado.—Ahora mismo acabo de despedirme de mi mujer, por si me muero durante el viaje.

Rieron los interlocutores y se separaron, sin reparar en una persona que no había perdido una palabra de su breve conversación. Esa persona era el buen Roberto, quien, no bien se alejaron los marinos, dirigió recelosas miradas á su alrededor y se aproximó cautelosamente al *Enriqueta*. Serían las seis y media. Sobraba, pues, tiempo para que Roberto entrase en el barco y se ocultase en un lugar conveniente antes del regreso del patrón. Ya habrán ustedes adivinado que acababa de tomar una resolución importantísima... la de hacerse grumete.

Principio quieren las cosas, y no había duda, ó por lo menos Roberto no la tenía: aquél era el primer paso en la senda que debía conducirle al heroísmo. Que tendría que soportar privaciones al principio, que sufriría terribles contratiempos, eso lo daba por descontado, pero, cuanto más grandes fueran esas dificultades, tanto más espléndida sería la recompensa (así, al

menos, lo aseguraban sus libros favoritos). Comprendió que nunca tal vez se le presentaría una ocasión tan favorable como la que tenía entonces á mano... ¿A qué apenar á sus padres dándoles cuenta de su determinación? Tiempo de sobra tendrían ellos para saber eso. ¿Y provisiones? Le hubiera convenido llevarlas, puesto que, no teniéndolas, se exponía á sufrir hambre... pero correría también ese riesgo. ¿No iba á ser héroe? ¿No lo era ya en realidad? ¿Pues adelante! que no puede llamarse héroe á quien no afronta riesgos y peligros.

Roberto enderezó sus pasos al *Enrique-
ta*, subió á su bordo y no tardó en aventurarse por la escalera



...y puestas las manos á manera de escudo...

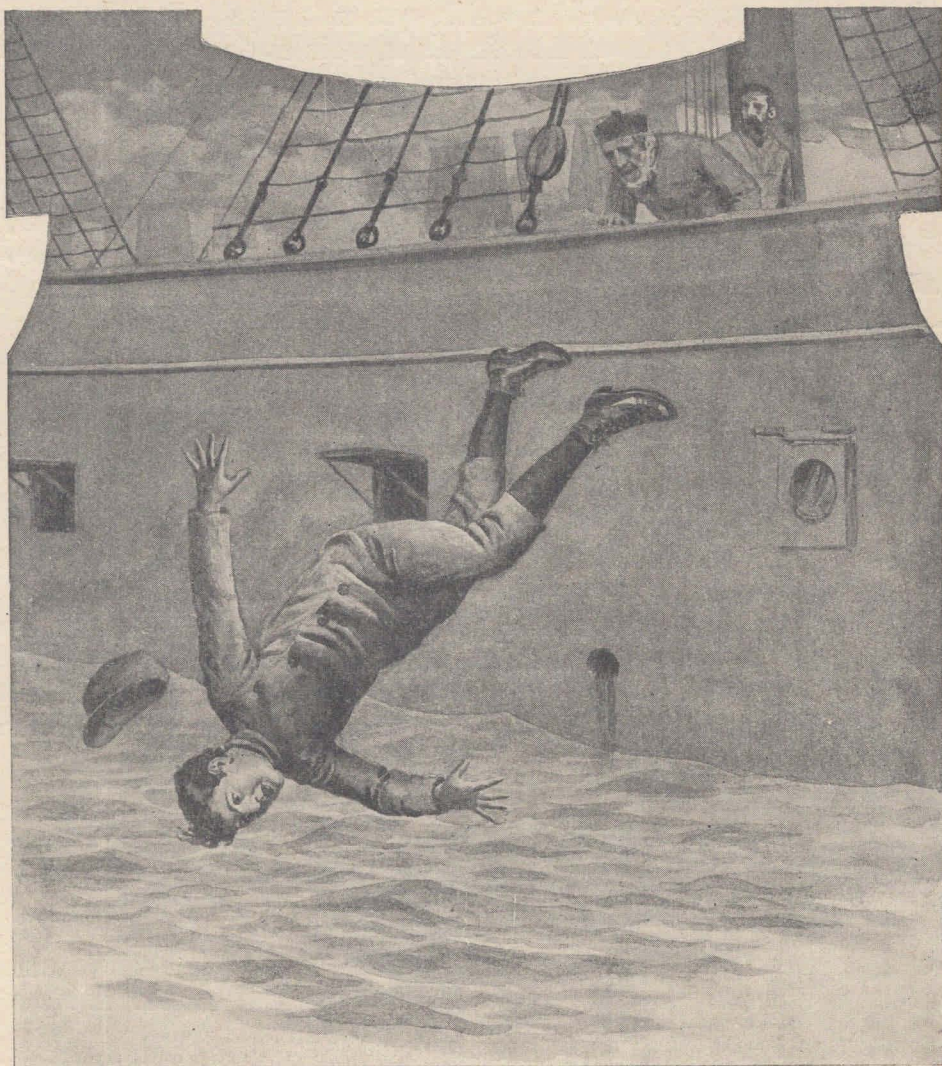
que arrancaba del puente. Todo estaba obscuro allí, atestado de objetos, sucio, mal oliente, apestando á aceite, á brea, á jabón. Arrastrando los pies y puestas las manos á manera de escudo, fué continuando su camino, no pocas veces estuvo á punto de dar de cabeza contra algún objeto más duro que ella. No parecía haber allí alojamiento cómodo para un grumete. Las bodegas estaban tan sucias como todo lo demás, y abarrotadas de bultos. Ocultóse nuestro héroe detrás de unas bolsas, pero hacía allí tanto calor que apenas podía respirar, y tuvo que salir más que de prisa de su escondite.

Oyó entonces pasos en el puente, y eso le causó no poco sobresalto. ¿Si lo descubrían antes de zarpar! ¿Sería una desgra-

cia espantosa ver fracasado su esfuerzo en los comienzos mismos de su carrera de heroísmo! Comprendió la necesidad de esconderse en cualquier parte, á todo trance. Vió una alacena... ¡Admirable! ¡En ninguna parte estaría tan seguro! Se acurrucó entre latas de aceite, faroles y utensilios parecidos, y no tardó en quedarse profundamente dormido. Lo despertó una luz brillante que le dió de lleno en los ojos y una voz áspera y ruda que gritó:

—¡Cielos! ¿Qué es esto?

Sacaron á Roberto de la alacena y lo llevaron al puente, don-



...dió un salto atrás, y se cayó en el río... (Pág. 64.)

de tuvo que contar toda su historia al patrón. Con tantas ganas se rió éste, que Roberto casi se volvió loco. Pero el patrón dejó de reírse, y en tono severo dijo que su acción merecía un terrible castigo; uniendo la acción á la palabra, dió unos pasos en dirección al héroe, como si quisiera asirlo. El espanto de Roberto fué tremendo; por su imaginación desfilaron en macabra procesión las disciplinas de nueve ramales, los penoles de las vergas, las carreras por debajo de la quilla, y no pudiendo soportar una visión tan terrorífica, dió un salto atrás, y se cayó en el río...

A decir verdad, resultaba extraordinariamente humillante que representara el papel de «niño que se ahoga» precisamente el que se había hecho la ilusión de asumir el de «valiente muchacho que salva», pero es más humillante todavía, y sobre todo, más desagradable, engullir tragos de agua toda vez que se quiere respirar. Roberto fué pescado, al fin, y lo sacaron del agua con más figura de ratón ahogado que de héroe.

En cuanto tuvieron oportunidad, lo mandaron á su casa, donde está esperando ahora, y es probable que espere por mucho tiempo todavía, el momento de asombrar al mundo con sus hazañas.

LO QUE HIZO AGUEDA

—¿Cómo está Enrique, mamá?—preguntó Agueda, en tono ansioso.

—Me temo que muy mal—contestó la señora de Rojas.—Ahora duerme. ¡Si consiguiéramos que viniera á verlo el doctor Pinzón!...

—Pero ¿cómo ocurrió el percance? ¿Lo sabe usted con precisión? Yo estoy completamente á oscuras...

—Tampoco sé yo todavía quien ha tenido realmente la culpa. Lo único que puedo decir es que Enrique y Gerardo habían ido juntos á la ciudad, y estando allí, unos muchachos groseros acometieron á Gerardo. Corrió á auxiliarlo Enrique, y entonces lo voltearon, y al caer se lastimó tanto una pierna que creo que se la ha quebrado. Estoy desesperada, sin saber qué hacer, pues tu papá tardará bastante en llegar. Enrique sufre dolores agudos y no tengo á quien mandar por el médico.

—¿No podría ir yo, mamá? Conozco muy bien el camino.

—¡No, hija mía, no!—contestó la madre.—Está nevando, y casi ha cerrado la noche. Esperaremos... ¿qué más remedio queda? ¡Ya llama otra vez Enrique!... ¡cuida de la lumbre, Agueda, y pórtate bien!

Los esposos Rojas vivían con sus dos hijos, Enrique y Agueda, en las afueras de una ciudad, junto á un pantano solitario. La víctima del accidente era un muchacho de catorce años, y, como hemos visto, su pobre mamá estaba afligidísima, sin saber cómo curarlo. El doctor Pinzón vivía á dos largas millas de distancia, y el señor Rojas no debía llegar hasta una hora bastante avanzada de la noche. El vecino más inmediato moraba á media milla, y Enrique no podía quedarse solo en la casa donde, fuera de la mamá, no había más persona que Agueda.

Diez años tenía la niña, y en el momento que su mamá la dejó sola se abismó en profundas reflexiones. ¿Por qué no ir á buscar al médico, no obstante lo que su mamá acababa de decirle? Alzó la cortina de la ventana... Después de todo, no nevaba tanto ni la noche estaba tan oscura. Ella conocía perfectamente el camino... nadie la molestaría... ¡sí, sí! Iría á buscar al médico... ¿por qué no?

Bajó la escalera sin hacer ruido, se puso el abrigo y el sombrero, abrió la puerta de la calle y salió. Soplaban un vientecillo helado que penetraba hasta los huesos, pero había cesado de nevar. La capa de nieve que pisaba era bastante gruesa, la obscuridad era más grande de lo que había pensado, y no se había alejado mucho cuando principió á sentirse no muy segura de dar con el camino que llevaba á la casa del médico.

Como encontrara en su marcha varias cosas que le eran muy familiares, volvió á animarse, y ya no pensó más que en felicitarse por su acertada idea, en que pronto volvería con el doctor, en que Enrique se pondría bueno, y en que su restablecimiento se debería á su decisión. En realidad, estaba muy contenta de sí misma. Es cierto que era molesto caminar sobre la nieve, y muy triste hacer el camino sola, pero al regreso vendría acompañada.

Al fin divisó la chimenea de la casa del médico y no tardó en ver todo el edificio, pero se quedó atónita al no descubrir luz en ninguna de las ventanas. Corrió y llamó á la puerta; y nadie le contestó. Repitió las llamadas... El mismo silencio. Entonces comprendió. ¡El médico había salido, y en la casa no había nadie!

Ese descubrimiento era como para desalentar á cualquiera. De buena gana se hubiera echado á llorar Agueda, pero se la

ocurrió que con llorar no adelantaría nada. Sentíase muy fatigada, y tenía en perspectiva la larga caminata de regreso. Por añadidura, el viento le azotaría la cara á la vuelta, un viento que se hacía más fuerte y frío por momentos.

A pesar de tan graves contratiempos, Agueda emprendió con energía el viaje de vuelta. Ya no se sentía tan contenta de sí misma; el frío era insoportable, grande el cansancio é inútil el viaje. A cada paso que daba, la marcha le parecía más penosa, la capa de nieve más gruesa y el viento más fuerte y frío. ¡Oh! ¡qué frío tan horroroso! ¡y cómo bramaba el viento! Agueda dobló la cabeza y siguió andando, pero más despacio, perdiendo fuerzas, hasta que al fin tuvo que detenerse. ¡Estaba tan rendida y resultaba tan duro marchar contra el viento! Tendió sus miradas por el campo... ¿Dónde estaban las cosas que tan bien conocía... el poste, el árbol viejo... el puente? ¿Se habría extrañado acaso? Esta idea la hizo temblar y sentir más frío que nunca.

Continuó la marcha, pero sólo por breves momentos, y se dejó caer sobre la nieve, y como sintiera un sueño invencible, se quedó dormida.

*

* *

Vivos destellos luminosos, gritos ásperos y bruscas sacudidas disiparon su sueño. Allí estaban frente á ella el médico y su padre, los dos cubiertos de nieve y lodo, que se apresuraron á llevarla á la casa y á acostarla en su camita. Parece que el médico, sabedor del accidente, había salido ya á ver á Enrique cuando Agueda fué á buscarlo, encontrando á la señora de Rojas presa de una ansiedad horrible, pues había advertido la desaparición de Agueda y no tenía idea del sitio adonde hubiera podido ir la niña. Después de curar á Enrique, el médico partió en busca de Agueda junto con el señor Rojas, llegado á la casa en aquel momento.

Agueda salió bien de su aventura, gracias á ellos, pero, según manifestó el médico, habría podido quedarse muerta de frío, si no la hubieran encontrado, dormida como estaba sobre la nieve.

FIN

SC
Lij
1920
HAM

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

TOMOS PUBLICADOS

Mi primera lectura.
Horas felices.
El mundo animal para niños.
El amiguito.
Escuela de animales.
Aventuras de animales.
Los niños de otros países.
El libro del nene.
Niños buenos y niños malos.
Cuentos para niños.
El país de las maravillas.
Cuentos de hadas.
El mundo maravilloso.
Mi libro favorito.
Episodios y aventuras.
Episodios de la Historia Sagrada. (Antiguo Testamento.)
Lecturas de la Historia Sagrada. (Vida de Jesucristo.)
Narraciones.
Tardes de Otoño.

El mundo de los niños.
Las tribulaciones de Metere.
Leedme.
Episodios de animales.
Los hijos del héroe.
El libro de las maravillas.
Historias de animales.
El libro de los niños.
Cómo juegan los niños de todo el mundo.
A B C. El libro de oro de los niños.
La hija de Juan Palomo.
El aventurero.
La ciudad del oro.
La isla desconocida.
El país de los antropófagos.
Los misterios de la selva.
Pirulete en el país del sueño y de la holganza.

Lecturas infantiles.
La voz de los niños.
Cómo viven los niños de otras razas.
Cómo trabajan y estudian los niños de todo el mundo.
Fábulas de Samaniego.
La nochebuena.
Robinson Crusoe.
Lo que puede más que el hombre.
Lo que somos.
Cuentos de los hermanos Grimm.
Las famosas aventuras de don Quijote.
Cuentos de Perrault.
Fábulas de Esopo.
Cuentos del abuelito.
En vacaciones.
Genoveva de Brabante.
Niños de todas clases.

BIBLIOTECA SELECTA

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazas de animales.
10. Cuentos de Andersen. (Tomo 1.º)
11. Cuentos de Andersen. (Tomo 2.º)
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinson.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Angel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «Cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloque.
39. Una ciudad flotante. (Primera parte.)
40. Una ciudad flotante. (Segunda parte.)
41. Miguel Strogoff. (Primera parte.)
42. Miguel Strogoff. (Segunda parte.)
43. Las Indias negras. (Primera parte.)
44. Las Indias negras. (Segunda parte.)
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La Paloma. — El Canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolín.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El Condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac (1.º)
58. Id. id. (2.º)
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.